

[DE INTERPELACIÓN DE JOB Y DAVID.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DE LA INTERPELACIÓN DE JOB Y DAVID.

Este tratado consta de cuatro libros sobre la Interpelación (es decir, la reclamación o queja) de Job y David, que no todos aparecieron juntos en las ediciones de las obras de los Ambrosianos. En efecto, quienes realizaron las ediciones más antiguas, al encontrarse con un ejemplar mutilado, omitieron el segundo libro. Este fue publicado por primera vez por Erasmo, pero con una censura de tal tipo (Epístola prefijada a este libro en la edición de Ambrosio), que lo adjudicaba a nuestro Doctor, atribuyéndolo al autor del libro sobre la Vocación de los Gentiles. Su único argumento es la discrepancia del estilo, que considera muy diferente al Ambrosiano. Sin embargo, Gillotius, quien después asumió la labor no menor de editar las obras de Ambrosio, impugna vehementemente esta opinión, argumentando que se apoya en un fundamento muy poco seguro (Prólogo en la edición de Ambrosio y advertencia en la segunda Apología de David); ya que no era inusual para los santos Padres cambiar su estilo según la materia, el tiempo o las personas a las que se dirigían; además, los códices manuscritos que había recopilado de diversas bibliotecas atribuyen con gran consenso toda esta obra a Ambrosio. Los ejemplares que hemos utilizado también apoyan a Gillotius, uno de los cuales, si bien no es de tanta antigüedad, podría jurarse que fue escrito en la época del divino Ambrosio, como Gillotius dice de uno de los suyos (Loc. cit.), al menos tiene mil años como mínimo. En él, estos cuatro libros se presentan en el mismo orden y bajo los mismos títulos con los que los hemos editado.

Sin embargo, aunque nos faltaran manuscritos de tanta autoridad, las propias palabras del Beato Prelado y la serie completa de la obra harían evidente que este segundo libro, no menos que los otros tres, debe atribuirse a Ambrosio. Tampoco dudamos en afirmar que Erasmo habría renunciado por completo a su opinión si hubiera comparado los inicios de estos cuatro libros entre sí. ¿Qué puede ser más evidente que las palabras con las que Ambrosio profesa que examinará en orden las quejas de los santos Job y David sobre las miserias humanas? Por lo tanto, dice (Lib. I, cap. 1, num. 3), es mi deseo considerar las interpelaciones de ambos... Deben ser examinadas en su debido orden. Esto solo pudo lograrse en los dos primeros libros, lo cual también afirma haber hecho al inicio del tercer libro, donde dice (Cap. 1, num. 1): Nuestra discusión anterior fue sobre la interpelación de los santos (a saber, Job y David) sobre la frágil y débil condición humana, etc. Finalmente, cualquiera que desee comparar este segundo libro con el cuarto de la misma obra, sin duda entenderá por sí mismo que la diversidad que Erasmo proclama es un puro invento.

Los editores romanos, de hecho, sometieron todos estos libros por igual bajo el nombre de Ambrosio junto con otras obras suyas, pero tal vez los separaron un poco audazmente. Insertaron el primer y tercer libro como comentarios sobre el libro de Job en su primer tomo: pero el segundo y cuarto, separados de los anteriores, los relegaron al segundo tomo bajo el título de Enarraciones sobre los salmos XLI, XLII y LXXII. Además, como tal separación no pudo hacerse sin introducir algún cambio en el texto del autor, y la obra excelente se corrompió de alguna manera por la dislocación y dispersión de sus partes; por lo tanto, este consejo no obtuvo la aprobación de aquellos que desean que los escritos de los Padres se presenten tal como fueron dejados por ellos. De ahí que Nicolás Faber, prefecto de los estudios de Luis XIII, un hombre clarísimo tanto por su piedad como por su erudición, no pudo contenerse de reprobar libremente esta distracción en una de sus cartas (a Front. Ducaem), donde afirma que los mismos editores se vieron obligados a instituir esta división interpolando algo con un ejemplo poco probable. Sin embargo, no debemos pensar que lo hicieron con mala intención, sino que creyeron que con ello beneficiarían la utilidad del

lector, si le presentaban comentarios organizados sobre varias partes de la Escritura; mientras tanto, no sopesaron suficientemente los inconvenientes que se seguirían de admitir tal licencia en los libros de los Padres.

Por lo tanto, hemos restablecido el orden legítimo en estos cuatro libros. Porque el hecho de que el libro que editamos en segundo lugar se encuentre en cuarto lugar en dos manuscritos de época más reciente, creemos que se debe a que esos códices fueron copiados de algún ejemplar mutilado en el que faltaba el mismo segundo libro; y cuando los escribas lo encontraron más tarde en otro lugar, lo transcribieron después de los otros tres ya dispuestos en serie continua. Y ciertamente algo similar ocurrió también en las ediciones. En efecto, las más antiguas, que como ya dijimos, fueron impresas a partir de un códice incompleto, presentan los tres libros que tienen bajo los títulos de libros I, III y IV: las ediciones siguientes de Erasmo, Costerio, Gillotius, muestran el mencionado segundo libro impreso fuera de su lugar. Sin embargo, que no hubo otro orden del santo Doctor al escribir estos libros que el que aquí hemos dispuesto, no solo lo prueban los manuscritos de la más antigua nota, así como Gillotius (*Loc. cit.*), los tipógrafos (*Anot. en el lib. de Interpel. Job*) de las últimas ediciones parisinas de Ambrosio, D. Hermann (*Cens. lib. Ambr.*), y otros han observado: sino que también toda la serie de la obra lo confirma de manera muy evidente. Presentamos brevemente esto a la vista de los lectores.

En los dos primeros libros se trata de la Interpelación de Job y David por la miserable condición de la vida humana y sus debilidades tanto corporales como espirituales, es decir, enfermedades y calamidades de las que nadie está exento; y esa infeliz necesidad de cometer pecados por los que debemos rendir cuentas al juicio severísimo de Dios ofendido. Esto lo enseña el santo Prelado en el primer libro con las palabras del propio Job tomadas de los primeros capítulos del libro del mismo profeta, relatadas copiosamente, a las que añade algunas observaciones solo en los lugares más destacados; donde, sin embargo, inserta de manera muy hábil una interpretación mística bastante extensa de algunas palabras de Job que le pareció necesaria (*Cap. 5, num. 12 y sig.*). En el segundo, el Santo prosigue el mismo argumento con los salmos XLI y XLII analizados con mayor detalle; en los que observa una triple queja del Profeta (*Cap. 7, num. 26, y cap. 8, num. 29*), la primera sobre las calamidades que sufrimos en esta vida, la segunda sobre la dilación de los bienes que esperamos, y especialmente del advenimiento del Señor que él deseaba con ardor ferviente, y finalmente la tercera sobre la necesidad de vivir en compañía de los impíos. Además, en ambos libros añade argumentos adecuados para afirmar la divinidad del Verbo (*Lib. I, cap. 9; lib. II, cap. 4 y 6*), lo que creemos que hizo no por otra razón que para proteger a su pueblo contra el veneno de los arrianos que en ese tiempo tenían gran poder en Milán.

Los dos últimos libros contienen aquellas quejas de los hombres que, indignados, suelen tener al ver a los impíos prosperar y a los justos sufrir adversidades. Por lo tanto, demuestra que los bienes de los primeros no son verdaderos bienes, que no les son concedidos como recompensa de méritos, ni les aportan ninguna felicidad en el presente, y mucho menos en el futuro, cuando los justos finalmente reinarán. A esta verdad da fe con las palabras de Job tomadas de otros capítulos del mismo libro: pero aquí no describe períodos tan largos como en el primer libro de este comentario, sino que selecciona las palabras que le parecen más adecuadas al tema y las ilustra con una breve exposición. En el cuarto libro sostiene lo mismo con una elegante explicación del salmo LXXII, en el que David discute muy bien sobre el mismo tema.

De esos preceptos éticos que Ambrosio mezcla de vez en cuando en este tratado, se entiende claramente que consiste en sermones que había compuesto para la instrucción de los fieles.

Sin embargo, estas fueron pronunciadas por él en días diferentes, como lo indica el inicio del segundo libro, y especialmente del tercero.

En cuanto al tiempo en que esta obra fue escrita, parece ser un asunto de mayor dificultad ofrecer algo indudable. Sin embargo, no sería absurdo conjeturar que debe asignarse al año anterior al trescientos ochenta y siete, cuando los antioquenos derribaron las estatuas de Flaccilla, esposa de Teodosio el Grande, en una sedición popular. Pues cuando el santo Doctor habla de las imágenes de los príncipes, dice (Lib. IV, cap. 8, num. 24): Ves cómo en las ciudades las imágenes de los buenos príncipes permanecen, mientras que las imágenes de los tiranos son borradas. ¿Quién podría pensar que después de ese evento, el Prelado de suma prudencia, y en quien Teodosio tenía en gran estima, habría querido usar tales palabras que habrían reabierto la herida más amarga de tan gran príncipe sin ofensa? Además, lo que aquí (Lib. II, cap. 6, num. 24) se menciona sobre los salmistas parece proporcionar un lugar para conjeturar que Ambrosio pronunció esos sermones antes del año 385 o 386, cuando instituyó el canto del pueblo en la Iglesia. Por lo tanto, nada impide que digamos que este comentario fue hecho alrededor del año 383, y que nuestro santo mencionó las estatuas con ocasión de las imágenes del emperador Graciano, que, después de su muerte, el pueblo, al que ese joven príncipe dejó un deseo tan justo de sí mismo, conservó.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LA INTERPELACIÓN DE JOB Y DAVID, CUATRO LIBROS. (C)

LIBRO PRIMERO. SOBRE LA INTERPELACIÓN DE JOB Y LA DEBILIDAD DEL HOMBRE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que hay muchas perturbaciones en esta vida, muchas consolaciones, pero que estas superan con creces a aquellas; lo cual se comprueba con la introducción de los santos: David y Job intercedieron por nuestras debilidades, de donde surge el argumento de esta obra.

1. La Escritura divina demuestra en muchos lugares que debemos enfrentar muchas perturbaciones en esta vida: y que hay muchas consolaciones disponibles, con las cuales el alma, capaz de vigor y consciente de lo recto, debe absorber lo que son las incomodidades presentes, mirando hacia lo que tiene una alegría perpetua. Porque las consolaciones superan a las perturbaciones; ya que traen calma a las presentes y esperanza para el futuro. Por eso también el apóstol Pablo dice: Las pasiones de este tiempo no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera (Rom. VIII, 18). Indignas, ciertamente, en comparación con la consolación, no con el fruto de la redención.

2. Pues, ¿qué vida de alguien en la tierra es tan gloriosa que pueda igualar esa gloria celestial? ¿Qué hay más sublime que Pablo, quien soportó tantos peligros, absorbió tantos dolores y debilidades? En las pasiones que sufrió en nombre de Cristo, moría diariamente, como él mismo dice (I Cor. XV, 31), y no consideraba indigno sufrir en este tiempo por la esperanza y expectativa de tan gran gloria. Elías soportó hambre, insidias y terrores de muerte, amarguras de trabajos: y sin embargo, solo él, llevado en carros de fuego, caballos de fuego desde el cielo a la tierra, y de la tierra al cielo, ocultó todo el mérito de esta milicia, y elevó la gracia del piadoso ascensor más allá de todo lo humano. Pues, ¿qué diré de Pedro, quien consideró su cruz indigna de la futura recompensa, y pidió ser colgado con los pies hacia arriba, para añadir algo a su pasión, sin temer agravar sus propios sufrimientos?

3. Por eso, no sin razón, el santo David testimonia que se apresura hacia esa gloria, tanto en el resto de su obra como especialmente en el salmo cuarenta y uno, diciendo: ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Sal. XLI, 3). En este salmo expresó claramente tanto las perturbaciones de la fragilidad humana como las consolaciones del Señor. En el mismo también intercede por nosotros ante Dios, porque olvidado de su obra, olvidado de la liberalidad y gracia conferida al hombre, que había asumido para proteger y adornar, lo ha abandonado, y lo ha dejado débil y naufragado para ser golpeado por diversas debilidades. Lo mismo había hecho antes el santo Job: pero este de manera más moral, aquel más vehemente. Por lo tanto, es mi deseo considerar las interpelaciones de ambos; porque en ellas se expresa la forma de la vida humana, se trata la causa, se forma la prerrogativa. Deben ser examinadas en su debido orden.

CAPÍTULO II.

Cómo el bienaventurado Job, habiéndolo perdido todo excepto a su esposa, como buen atleta no cedió a las perturbaciones, ni rehusó luchar.

4. Habiendo perdido Job a sus hijos y todo lo suyo excepto a su esposa, que le fue reservada solo para la tentación, cubierto también de una grave úlcera, cuando vio que sus amigos no habían venido a consolarlo, sino a exagerar y agravar su dolor, se dio cuenta de que el Señor había dado al adversario el poder de tentarlo. Y aunque sentía las flechas del Señor en su cuerpo, de las que decía estar herido, sin embargo, como buen atleta, que no cedería al dolor, ni rehusaría las duras pruebas, añadió: Comenzando el Señor a herir, al final no me destruirá... ¿Cuál es mi fuerza, que puedo soportar? ¿O cuál es mi tiempo, para que mi alma sufra? ¿Es mi fuerza la de las piedras, mi fuerza? ¿O son de bronce mis carnes? ¿O no confiaba en Él? Pero mi ayuda se ha alejado de mí: su visita me ha despreciado (Job VI, 9 y sig.).

5. ¿No es acaso la vida del hombre en la tierra una tentación, y como la vida de un jornalero diario; o como un siervo temeroso de su Señor, que se oculta bajo una sombra, o como un jornalero esperando su salario; así también yo esperé meses vacíos, y noches de dolores me fueron dadas? Si descanso, digo: ¿Cuándo será de día? Si me levanto de nuevo: ¿Cuándo será de noche? Estoy lleno de dolores desde la tarde hasta la mañana. Mi cuerpo se fermenta en la podredumbre de los gusanos: disuelvo los terrones de la tierra, rascando la pus de las úlceras. Pero mi vida es más ligera que una fábula, en una esperanza vacía perece... Diré, mi lecho me consolará... Me aterras en sueños, y en visiones me sacudes (Job VII, 1 y sig.).

CAPÍTULO III.

Sobre la miserable condición del hombre, que está diariamente bajo temor; y cuán neciamente piensa que sus pecados pueden escapar al conocimiento de Dios: también cuán miserable es ser agitado por la preocupación en el lecho que nos fue dado para el descanso, y levantarse de él vacíos y desnudos, que es una imagen de esta vida.

6. ¿Qué miserable es la condición del hombre, que como un mercenario trabaja para otros, necesita de sí mismo, y no puede sostenerse sin la misericordia ajena! Diariamente bajo temor, bajo miedo, soportando una pesada servidumbre, y para no ser descubierto por el Señor, errante y fugitivo bajo una sombra de este mundo cree poder ocultarse. Considera a aquel de quien dice en el Eclesiástico Sirácida: Todo hombre que transgrede en su lecho, despreciando y diciendo en su alma: ¿Quién me ve? Las tinieblas me rodean y las paredes, ¿a quién temo? (Eclo. XXIII, 25 y 26). ¿No te parece que este es verdaderamente un mercenario

que ha malgastado lo suyo, como aquel joven en el Evangelio (Luc. XV, 13 y sig.), que se lee que recibió del padre la porción de la herencia, y necesitado y pobre, para aliviar su hambre, comenzó a apacentar rebaños ajenos, para sostenerse con su salario? Pero aquel al menos se convirtió alguna vez; porque regresó al padre, y no ocultó sus pecados, sino que los confesó. Pero este que se imagina no ser visto por Aquel que todo lo ve, y cree que sus obras pueden ser ocultadas por las tinieblas, presenta una sombra: pero en vano cree que puede ocultarse, cuando no puede evitar la luz, que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden. Por lo tanto, es descubierto como un fugitivo y mal mercenario, y antes de que se oculte, es reconocido; porque al Señor, todo le es conocido antes de que lo busque, no solo lo que ha sido hecho, sino también lo que será.

7. Por lo tanto, perece en una esperanza vacía quien cree que puede ocultar su crimen: eso es una fábula, no una verdad. De hecho, la fábula de los pecadores es ociosa, no tiene fruto, sino gemido. Porque el pecado no es otra cosa que una carga que agobia al viajero de este mundo con el pesado fardo del delito; quien si no quisiera estar sujeto a la carga, debería haber escuchado al que dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28).

8. ¿Qué hay más penoso que cuando el mismo lecho dado para el descanso común inflige una grave herida? Pues entonces solemos recordar lo que hemos hecho, y la conciencia interior es herida por los agujijones de sus obras. Por eso la Escritura dice a estos: Lo que decís en vuestros corazones, y en vuestros lechos os compungís (Sal. IV, 5). Dio un remedio, pero sin embargo hirió la conciencia. Pero supongamos que alguna vez el sueño se apodera de los cansados, somos aterrados por insomnios, agitados por visiones; de modo que ya no es descanso, sino castigo. Así pasan las riquezas del mundo, como un sueño del que despierta. Alguien se ha levantado del sueño de este cuerpo, y no posee nada, y eso mismo que creía tener, lo ha perdido.

9. Imaginad ahora a ese rico, que acumulaba ganancias diarias y varios beneficios, y era agitado por sus deseos, de repente recapacitando, considerando consigo mismo que no se llevará nada cuando muera, ni su gloria descenderá con él; y que lo que posee tiene algo de placer en esta vida, pero no en el futuro: abriendo los ojos a las cosas celestiales. ¿No te parece que como quien bebía en sueños, ha bebido; y como quien comía en sueños, ha comido; pero al abrir los ojos, ha reconocido que su alma esperaba en vano, y aún tiene hambre y sed; porque la avaricia no tiene medida, ni se satisface con lo que toma, sino que se incita a sí misma más necesitada cuanto más ha adquirido? Y este también se ha levantado, y el sueño es vano.

CAPÍTULO IV.

Cómo los amigos de Job, al venir a consolarlo, agravaron su dolor: y cuán magníficamente él percibió el poder divino, y designó los misterios de la redención.

10. Pero escuchemos de nuevo al mismo diciendo: En verdad sé que así es; pues ¿cómo será justo el mortal, etc. (Job IX, 1 y 2). Le acosaban aquellos amigos que habían venido a consolarlo, y como enemigos lo apremiaban con palabras amargas. Pues un tipo de consuelo para los que están en aflicción y amargura es estar libres de culpa; para que no parezca que soportan las adversidades como precio de un delito. También querían arrebatárle esto al santo varón; para que pareciera él mismo el autor de su aflicción, quien con graves pecados había contraído la ofensa del Señor, y por sus impiedades soportara aquello: describiendo los

castigos de los impíos; para que quienes sembraran vicios, cosecharan para sí dolores, porque perecían por mandato de Dios (Job IV, 8 y 9), y el espíritu de su vida pereciera, quien insuflara en casas de barro habitadas (Ibid., 19 y ss.), y se secaran, dejara sin pensamientos a los astutos, cerrara la boca del injusto (Job V, 13 y 16). Lo cual es verdad sobre el poder del Señor; pero no lo afirmaban como conveniente a los méritos de tan gran varón.

11. A esto respondió: En verdad sé que así es; pues ¿cómo será justo el mortal ante el Señor? Si quisiera contender con él en juicio, no lo escuchará; para que no contradiga a una sola palabra suya con mil discursos. Pues es sabio en entendimiento, fuerte y grande: ¿quién es tan duro, que pueda subsistir en su presencia? Él hace envejecer los montes, y no lo saben, y los derriba con ira. Él conmueve la tierra desde sus cimientos, y sus columnas tiemblan. Él dice al sol, y no sale, y sella contra las estrellas. Él extiende el cielo solo, y camina como sobre un pavimento sobre el mar. Él hace las Pléyades, y el lucero vespertino, y el septentrión, y el ministerio del austro: él hace cosas grandes e inescrutables, gloriosas e inmensas, cuyo número no hay. Si pasa junto a mí, no lo veré: y si me sobrepasa, ni así lo sabré (Ibid., IX, 3 y ss.). ¿Con cuánta más vehemente trompeta increpó este sobre el poder del Señor? Pero en él está la ayuda de los justos, no su ruina. Finalmente, parece expresarse el poder, pero más bien se declaran los misterios de nuestra redención.

CAPÍTULO V.

Que Dios hizo envejecer los montes, es decir, convirtió la letra del Antiguo Testamento en sentido espiritual: los judíos, por no haberlo sabido, no son excusables por los prodigios que acompañaron la muerte de Cristo; pero sobre todo por la defección del sol que se describe. Se tocan algunas otras obras de Cristo, y especialmente el caminar sobre el mar; donde se habla de la vacilación de Pedro, y de la destrucción de las naves de Tarsis, con las que se designan nuestros cuerpos.

12. ¿Quiénes son los montes que hace envejecer, sino Moisés, Aarón, y Elías, Josué, Gedeón, los profetas, todos los libros del Antiguo Testamento? Vino el Señor Jesús: trajo el Nuevo Testamento, y aquello que era viejo, se hizo nuevo. El cristiano fue renovado, el judío envejeció. La gracia fue renovada, la letra envejeció. Derribó los montes, y los convirtió. Derribó y subvirtió el entendimiento según la letra, y estableció la inteligencia espiritual. Por tanto, aquel entendimiento de la Ley se desvaneció carnalmente, y se hizo espiritual. De donde el Apóstol dice: Sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal (Rom. VII, 14). Pero también él, que era carnal, se hizo espiritual, como él mismo afirmó diciendo: Creo que también yo tengo el Espíritu de Dios (1 Cor., VII, 40). Estos montes envejeció Jesús, y los judíos no lo saben. Pues si lo hubieran sabido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad: nunca seguirían aún los delirios judíos. Son ellos, por tanto, quienes no saben. De donde en el Evangelio dice el Señor Jesús: Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen (Luc, XXIII, 34).

13. Pero no se excusan porque no saben, cuando no quieren saber, lo que debieron conocer. Ciertamente no les envidiamos, si siguen la sentencia del Señor. Pues la sentencia suele absolver lo pasado, no lo futuro. Pero tampoco es inmune de culpa quien crucificó al autor de su salvación, y después no pidió perdón. Sea que antes ignorara a quien perseguía; en la cruz, sin embargo, debió reconocer que era el Señor de todos los elementos, bajo quien todos los elementos temblaron, el cielo se oscureció, el sol huyó, la tierra se partió, las tumbas de los difuntos se abrieron, los muertos recibieron la compañía de los vivos. De donde también el centurión dijo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios (Mat., XXVII, 54). El centurión reconoce al ajeno, el levita no reconoce al suyo: el gentil venera, el hebreo reniega. No sin

razón, por tanto, se movieron las columnas de la tierra, cuando no creyeron los príncipes de los sacerdotes. Pero se movieron las viejas, para que se confirmaran las nuevas, como él mismo se dignó decir: Yo confirmé sus columnas (Sal. LXXIV, 4). Escucha qué columnas confirmó. Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas, me dieron a mí y a Bernabé la diestra de la comunión (Gál., II, 9).

14. ¿Cómo, pues, se excusan de no haber sabido, aquellos de los cuales unos vieron, otros conocieron que el sol, sin haber completado el curso del día, se retiró; y de nuevo, antes de completar el espacio de la noche, salió, hizo noche en el día, en la noche día. Sin duda debieron entender que el sol fue mandado a retirarse, y mandado a salir. Pues el Señor había predicho (Mat. XII, 40), que estaría tres días en el corazón de la tierra, y tres noches: el sol había aprendido esto, guardaba el precepto. Dudaba, pues, diciendo: ¿Qué hago? Salgo, y es día: me oculto, y es noche. Si guardo mi curso, demoraré la salvación del mundo. Apresurémonos también a nuestra redención: debo apresurarme también yo mismo a la nueva vida; pues por el beneficio de la cruz, por la cual se renuevan todas las cosas, habrá también un sol nuevo, y un cielo nuevo. Me apresuro, pues, para poder ver aquel sol de justicia, iluminando las almas de todos. Pero ¿qué hago? Él quiere que la resurrección ocurra después de tres días. He encontrado qué hacer, para no demorar y guardar el número de días. No haré un día completo y una noche completa. Acortaré las horas, para que el Señor Jesús esté entre los muertos tres días y tres noches: sin embargo, resucite de entre los muertos más rápido de lo que permiten los intervalos de tres días y noches. Acortaré, pues, las horas cuando suba a la cruz. Desde la sexta hora, inmediatamente sea noche; para no ver la pasión del Señor, sino huir del espectáculo de la persecución parricida. Me ocultaré, y será noche de tres horas: saldré, y renovaré el día, para que sea de tres horas: ha transcurrido el primer día: seguirá la segunda noche en su espacio, seguirá igualmente el día: comenzará la tercera noche, el Señor resucitará en la noche, y será día en la luz del resucitado; para que se cumpla aquello: Y la noche será iluminada como el día (Sal. CXXXVIII, 12). Este es el gran día que vio Abraham, y se alegró: del cual también David dice: Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24): al cual asistiré no con el ministerio del trabajo, sino con el fruto de la exultación.

15. Él mismo, pues, el Señor lleva el día, y antes de la consumación del mundo se verá la luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Él es el Señor, que señala y cuenta la multitud de las estrellas; él es el Señor, que extiende el cielo solo, que caminó como en un pavimento sobre el mar; cuando Pedro lo vio caminando, y dijo: Señor, mándame ir a ti sobre las aguas (Mat. XIV, 28). Y el Señor lo mandó: pero él vaciló; y si el Señor no le hubiera extendido la mano derecha, habría perecido sumergido por las olas. Vaciló la carne, salvó la mano derecha. Y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Ibid., 31). La fe, pues, caminó en el Apóstol, no la carne. Finalmente, la fe vaciló, y la carne comenzó a sentir el naufragio. Lo cual no está impropriamente dicho; porque la carne es la nave del alma, como está escrito: Los que descenden al mar en naves (Sal. CVI, 23). Y en otro lugar: Allí dolores como de parturienta, con un viento vehemente romperás las naves de Tarsis (Sal. XLVII, 8). Pues nuestras almas, cuando dan a luz la Palabra, sienten dolores: pero la que ha dado a luz, ya no recuerda la tristeza por el gozo; porque le ha nacido el hombre que redimió al mundo. Las naves de Tarsis, es decir, las inteligibles que llevaban oro y plata a Salomón, es decir, nuestros cuerpos, que tienen el tesoro en vasos de barro, como dice el Apóstol (II Cor., IV, 7): o que también aquí los partos dudosos se rompen, según lo que está dicho: ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! (Luc. XXI, 23). Pues cuando el alma es sacudida, la carne fluctúa: o serán agitadas con un viento vehemente infundido, cuando al cumplirse el tiempo haya de resucitar, según está escrito: Ven, espíritu, y sopla sobre estos

muestrados, y vivirán (Ezequiel XXXVII, 9). De donde también el mismo Job dice en los capítulos posteriores: Pues sé que es eterno y poderoso, quien me desatará en la tierra, resucitará mi piel que llevó estas cosas (Job XIX, 25 y 26). Pero se rompen los que resucitan para juicio. Hay, sin embargo, una buena contrición: pues Dios no desprecia un corazón contrito y humillado (Sal. L, 19). Y en otro lugar: Sana sus contriciones (Sal. LIX, 4). Pero también a Josafat se le dijo: Fueron rotas las naves para ir a Tarsis (II Par. XX, 37); porque se había mezclado con el sacrílego. Por tanto, la contrición significa ambas cosas; porque ambas están en el día del juicio: Cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán los que hicieron el bien, a resurrección de vida: pero los que hicieron el mal, a resurrección de juicio (Juan V, 28 y 29). Lo que también significa el profeta David diciendo: Allí dolores como de parturienta: como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios (Sal. XLVII, 8 y 9). Pues comprende tanto el dolor futuro, como la alegría: dolor por el juicio, y alegría por la absolución.

CAPÍTULO VI.

Se examinan las palabras de Job, en las que revela las debilidades humanas. Cómo el santo varón no negó su pecado, y cuál es la diferencia entre pecar y actuar impiamente; con qué palabras intenta excusar al hombre ante Dios; finalmente, se muestra que al confesar se promete el perdón, y que el justo reconoce sus iniquidades.

16. Pero volvamos a la serie de la interpelación que nos propusimos. Muchas, dice, contriciones me ha hecho, no me deja respirar, me ha llenado de amargura; y porque es poderoso en virtud, nadie puede resistir su juicio. Si soy justo de corazón, mi lengua yerra... Grande y poderoso destruye con ira. Los impíos en muerte grave: pero los justos son ridiculizados. Pues han sido entregados en manos del impío (Job IX, 17 y ss.). Observa cada cosa. A los poderosos su ira les es grave, a los impíos su maldad, a los justos la debilidad de la condición. Así, nada está libre de peligro. La fortaleza y grandeza del hombre se engaña con su propio poder, la maldad se aflige, la virtud es ridiculizada. Aquel porque puede más, cae: este porque no puede nada, se aflige. Es un defecto de la condición, porque nuestra vida es más ligera que un corredor. Pasó, y no vio nada. Como la huella de una nave, o de un águila volando y buscando alimento (Ibid., 25 y 26); así pasa también la vida del hombre. Lo que hablamos, lo olvidamos, y no se percibe ninguna señal de nuestro paso, sino que está lleno de tristeza y gemido. Me estremezco, dice, en todos mis miembros. Ojalá haya un mediador nuestro que acuse y juzgue entre ambos (Job IX, 28, 33).

17. Diré al Señor: ¿Por qué me juzgas así? ¿Es bueno para ti que yo sea injusto; porque rechazaste las obras de tus manos, y te fijaste en el consejo de los impíos? ¿Acaso ves como ve el mortal, o tu vida es como la del hombre, o tus años como los del hombre; porque buscaste mis iniquidades, e investigaste mis pecados? Pues sabes que no he actuado impiamente: pero ¿quién es el que se libraré de tus manos? (Job X, 2 y ss.). Gran fe, gran autoridad de la conciencia, llamar a Dios como testigo de su mente. Lo que es de la condición, no lo niega: lo que es de impiedad, lo rechaza: lo que es de debilidad, lo confiesa. Pecar es de la condición, porque nadie está libre de caída: actuar impiamente no es de la condición, sino veneno de la mente más perversa. Esto no lo reconoce el justo: pero la absolución del hombre está en la misericordia de Dios, no en el poder del hombre.

18. Tus manos, dice, me formaron: después te volviste y me heriste. Recuerda que me hiciste de barro, y en tierra me resolverás. ¿Acaso no me ordeñaste como leche, me formaste como queso? Me vestiste de piel y carne, me insertaste con huesos y nervios: pusiste vida y misericordia en mí; y tu visita protegió mi espíritu (Ibid., 8 y ss.). ¡Cuánta lamentación del

santo varón por la debilidad común, cuánta autoridad de la convención, que Dios hizo al hombre con sus manos! Se excusa la culpa con el pretexto de la debilidad, se encomienda la gracia con el privilegio de la operación eterna, y con la dignación de la protección celestial. De lo cual también David habló hermosamente diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él; o el hijo del hombre, sino porque lo visitas? (Sal. VIII, 5).

19. Esto, dice, tienes en ti: sé que todo lo puedes, y nada te es imposible. Pues si pecco, me guardarás, pero de la iniquidad no me has hecho inmaculado. Si soy impío, ¡ay de mí! Si soy justo, no puedo erguirme. Pues estoy lleno de confusión, soy investigado como un león para la muerte (Job X, 13 y ss.). Observa tres cosas: Si pecco, dice, me guardarás. Y por eso, oh hombre, confiesa el pecado, para que obtengas el perdón: Di, dice, tus iniquidades, para que seas justificado (Isaías XLIII, 26). ¿Por qué te avergüenzas de confesar aquello en lo que naciste? Es crimen del que niega, no del que confiesa, negar que naciste. Lo que recibiste, ojalá lo guardes. ¿Por qué piensas que tienes lo que no recibiste? Por tanto, el pecador confiese, el impío gima, el justo no se erija y se exalte; para que por la arrogancia no pierda el fruto de la justicia.

20. Y dice hermosamente: Si soy justo, no puedo erguirme; pues estoy lleno de confusión. Pues el justo advierte más su fragilidad, que el injusto; y el sabio reconoce, no reconoce el insensato. Finalmente, el sabio se compunge por sus caídas, el insensato se deleita: el justo es acusador de sí mismo, el injusto defensor: el justo quiere prevenir al acusador con la confesión del pecado, el injusto desea ocultar su pecado: aquel en el principio del discurso se adelanta para revelar el error, este con el mucho hablar de su discurso envuelve el sonido de la acusación, para no revelar el error.

CAPÍTULO VII.

La adolescencia, de todas las edades, es la más resbaladiza: nosotros también daremos cuenta de aquellos pecados que no pudimos evitar: nuestras aflicciones no se expresan suficientemente con los inconvenientes del mar y la tierra: el cielo y la tierra serán renovados, y no habrá resurrección futura antes de la venida de aquel que hará nuevas todas las cosas.

21. Añadiendo de nuevo dice: ¿Por qué has escrito contra mí males, y has añadido los pecados de mi adolescencia? (Job XIII, 26). Hermosamente tomó esa edad para la queja, que más suele ser resbaladiza hacia el vicio. Pues la niñez tiene inocencia, la vejez prudencia, la misma juventud cercana a la adolescencia tiene la mirada de buena reputación, y la vergüenza de delinquir: solo la adolescencia es débil en fuerzas, débil en consejos, ardiente en vicio, fastidiosa a los consejeros, seductora en placeres. En tanto, pues, y tan escabroso y tormentoso torbellino de este mundo, ¿por qué se atribuyen tan frecuentes naufragios a una edad imprudente? De donde David, con gran acierto, pidió al Señor el perdón de todo su tiempo diciendo: No recuerdes, Señor, el pecado de mi juventud y de mi ignorancia (Sal. XXIV, 7), porque entonces principalmente el calor del cuerpo hierve, y el ardor de la sangre vaporosa se enciende.

22. Pero escuchemos de nuevo al mismo: El mortal, dice, hijo de mujer, es de vida breve, y lleno de ira, que como flor floreció, y cayó, se va como sombra, y no resiste. ¿No se le pide cuenta también a este? Y lo has hecho entrar en juicio ante tu presencia. ¿Quién está limpio de mancha? Pero nadie, aunque su vida sea de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 1 y ss.). Verdaderamente miserable condición, que se le obligue a dar cuenta de su pecado, que no puede evitar: se le obliga a entrar en juicio, a presentarse ante la presencia del Señor omnipotente, a exponer las causas de sus hechos, que ha recorrido en tantas edades de su

vida, cuando nadie puede estar limpio de pecado, para que desde las mismas cunas se insinúe antes la culpa de la infancia, que haya algún sentido del error. Y cuán miserable es aquello, que su vida sea breve, dulce la seducción, múltiple la aflicción, la ira cotidiana. Así que en un breve deleite hay amargura perpetua.

23. Hay, dice, esperanza para el árbol. Pues si es cortado, reverdece; y si en la roca su rama muerta está, al olor del agua florecerá; hará, sin embargo, cosecha como un brote. Pero el hombre muerto se fue, y el mortal caído ya no está. Pero fluctúa el mar con el tiempo (Job XXIV). Hemos observado la serie del discurso profético de los dos elementos inferiores, tierra y mar, que están sujetos a toda injuria y frecuentes tempestades: ¡qué fuerte argumento expresó de nuestra aflicción! Las plantas terrenales, y los árboles boscosos, incluso cuando han muerto, resurgen a usos vitales. También el mismo mar suele fluctuar con las vicisitudes del tiempo. Pero en verdad nuestra carne siempre hierve, y es en sí misma una tempestad, ni nunca se libra de los movimientos de las tormentas y de los miserables naufragios.

24. Cuando el hombre duerme, no resucita hasta que el cielo no se renueve (Ibid., 12). Esto parece indicar que hasta que el cielo sea renovado; pues habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, como está escrito (Isaías LXV, 17). Porque lo que se renueva es viejo: lo que es viejo, será cambiado. Escucha a David diciendo: "Desde el principio tú fundaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos ellos se envejecerán como un vestido, y como un manto los cambiarás y serán cambiados" (Salmo CI, 26 y 27). También podemos añadir que lo que es viejo se renueva; lo que es nuevo, se fuerza. Desde los días de Juan el Bautista, el reino de los cielos se fuerza, y los que lo fuerzan lo arrebatan. Así que la Sinagoga lo renovaba en pocos, la Iglesia lo fuerza en miles. O porque ahora el cielo parece renovarse con nubes y oscuridad, y con la oscuridad de la noche, y el resplandor dorado del día naciente, a menudo tejido con una apariencia diversa y variada. Pero entonces no habrá más noche, y no necesitarán la luz de una lámpara, ni la luz del sol; porque el Señor los iluminará, como dice Juan (Apoc. II, 23). O porque: "¡Ay de aquellos que colocan almohadillas para destruir las almas del pueblo!" (Ezequiel XIII, 18).

25. Al profeta que lamenta la miseria de nuestra fragilidad, que en esta vida no tendría descanso, y perdería todo de repente por el ataque de la muerte, el Espíritu Santo le infundió que los hombres no resucitarán hasta que venga aquel que no renovará lo viejo con lo nuevo, ni pondrá un vestido nuevo en un vestido viejo; sino que hará todas las cosas nuevas, como él mismo dijo: "He aquí que hago nuevas todas las cosas". Él es la resurrección, él es el primogénito de los muertos en quien todos hemos recibido la prerrogativa de la futura resurrección: sin embargo, solo él ha resucitado con una resurrección perpetua.

CAPÍTULO VIII.

Cómo el bienaventurado Job significó la resurrección y la ira del Señor en la consumación futura; y cómo deseó volar de esta vida, donde domina la perfidia.

26. Habiendo escuchado lo que Dios había hablado en él, y conociendo por el Espíritu Santo que el Hijo de Dios no solo vendría a la tierra, sino que también descendería a los infiernos para resucitar a los muertos (lo cual entonces se hizo como testimonio de los presentes y ejemplo de los futuros), se volvió al Señor y dijo: "¡Ojalá me guardaras en el infierno, me escondieras hasta que tu ira pase, y me fijaras un tiempo en el que te acordaras de mí! Si un hombre muere, vivirá completando los días de su vida. Esperaré hasta que vuelva a ser, luego me llamarás; y yo te obedeceré: pero no desprecies la obra de tus manos. Has contado mis

invenciones, y nada de mis pecados pasará desapercibido para ti. Has sellado mis iniquidades en un saco, y has anotado si algo he pasado por alto sin saberlo" (Job XIV, 13 y ss.). Qué dulce lugar, que nos confirma sobre la resurrección; y cómo parece convenir a la voz del Señor que se lee en el Evangelio, donde dice: "Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cubridnos" (Lucas XXIII, 30). Porque en la consumación del siglo será la ira del Señor. Por tanto, el Santo prefiere resucitar para el juicio, que para el tiempo de la ira divina, que es terrible incluso para los inocentes.

27. Al mismo tiempo, se entiende que profetiza diciendo: "Fijarás un tiempo en el que te acordarás de mí"; que en la pasión del Señor sería resucitado, como se demuestra al final de este libro; sin embargo, no deja de lamentarse: y cuanto más entiende que la resurrección le está propuesta, más desea huir de esta vida, viendo que ha sido entregado en manos de los adversarios, arrojado al poder de los impíos, a quienes incluso los amigos se han convertido en enemigos, quienes debiendo consolarlo, le infligen ruina sobre ruina; sin embargo, recordando su conciencia pura y su oración limpia, dice: "Tierra, no cubras mi sangre" (Job XVI, 19); para que su oración se dirija al Señor como incienso, no se detenga en la tierra. Porque la oración de los santos penetra las nubes; la oración del pecador, como Dios dijo a Caín el parricida, la tierra abriendo su boca la esconde en la sangre de la carne. "Maldito", dice, "de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano; porque trabajarás la tierra" (Gén. IV, 11).

CAPÍTULO IX.

Se reprende a aquellos que se atreven a escudriñar con curiosidad los secretos de la sabiduría: que no debe buscarse ni en el abismo, ni en el mar; y por qué razón: finalmente, que el conocimiento de la misma está reservado solo a Dios, y a quienes él se la ha revelado.

28. Lamentablemente, el Santo deplora los tiempos de esta vida: "Pereceré", dice, "y con el espíritu me rodeo: pero pido sepultura, y no la obtengo, ruego trabajando. ¿Y qué haré?" (Job XVII, 1 y 2). "Mis días han pasado en horror: se han roto los lazos de mi corazón" (Ibid., 11). Sin embargo, en ninguna parte desmerece el juicio de Dios; pues sabe que la profundidad de la sabiduría y el conocimiento de Dios es profunda, y sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables.

29. "No las han pisado", dice, "los hijos de los que se glorifican, ni ha pasado por ellas el león" (Job XXVIII, 8). ¿Quién ha podido comprender sus caminos, que ha penetrado en lo oculto y escondido? Por eso dice: "¿Dónde se halló la sabiduría, o cuál es el lugar de la disciplina? El hombre mortal no conoce su camino, ni se ha hallado entre los hombres. El abismo dijo: No está en mí; y el mar dijo: No está conmigo" (Ibid. 12 y ss.). No te es lícito saber, oh hombre, las profundidades de la sabiduría; por eso te está escrito: "No seas altivo, sino teme" (Rom. XI, 20). ¿Por qué deseas investigar con curiosidad lo que no te conviene saber, ni se te da a conocer? Pablo escuchó algunos secretos de la sabiduría, que se le prohibió revelar a otros; y por eso fue arrebatado al paraíso, arrebatado hasta el tercer cielo, para escuchar lo que estando en la tierra no podía escuchar (II Cor. XII, 3 y 4). Si lo que escuchó el hombre, no le fue permitido hablar, ¿cómo inquiere lo que no escuchó? No te es lícito conocer los consejos de este emperador en la tierra, y quieres conocer los divinos; no te es lícito investigar con curiosidad lo que se lleva a cabo en la tierra, y requieres con curiosidad lo que se hace sobre el cielo. ¿Por qué disputas de dónde nació la Sabiduría? El hombre no conoce su camino, ni se ha hallado entre los hombres la Sabiduría perfecta. No estaba en Moisés, no en Aarón, no en Josué, no en el mismo David que dijo: "Me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría" (Salmo L, 8); porque él mismo dijo más

adelante: "Me he vuelto como una bestia ante ti" (Salmo LXVII, 23). Está por encima de ti saber, oh hombre, la altura de la Sabiduría, te basta con creer. Porque si no creéis, dice, no entenderéis (Isaías VII, 9). No puedes conocer el abismo, no puedes comprender el abismo, ¿cómo comprenderás la altura de la Sabiduría? El abismo dijo: "No está en mí"; ¿y tú puedes decir que la Sabiduría está en ti?

30. Por tanto, el abismo dijo: "No está en mí"; porque el mismo Señor dijo: "No dejarás mi alma en el infierno" (Salmo XV, 10). Y el Apóstol dijo: "¿Quién descendió al abismo? esto es, hacer descender a Cristo de entre los muertos" (Rom. X, 7). Por tanto, si se pregunta al abismo: ¿Dónde está la Sabiduría? Responde: "No está en mí", porque ha resucitado. Se pregunta al mar: ¿Dónde está la Sabiduría? Dice: "No está conmigo": porque me ha pisado, ni mis olas pudieron turbarla. Y tú, por tanto, estando en este mar del siglo, no busques la Sabiduría perfecta de Dios en este mundo; porque el mundo no la conoció. Pero si quieres encontrarla, pisa las olas de este mundo, como las pisó Pedro, y camina sobre las aguas de este siglo, y la Sabiduría te extenderá la mano, como se la extendió a Pedro; porque no hubo nadie a quien las olas de este mundo no turbaran. Turbaron a Abraham, turbaron a Moisés, turbaron a Pedro. Moisés pasó por el mar, y condujo a pie a su ejército por el mar: pero antes él mismo fue turbado. Pedro pisó sobre las aguas: pero había sido sumergido en el cuerpo, porque cojeó con el paso de una fe más débil. Por tanto, no busques la Sabiduría en el mar; porque el Señor Jesús no dijo que estaría con el mar, sino con sus apóstoles; para que de alguna manera lo conocieran, a quienes dijo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII, 20). Bienaventurados aquellos con quienes está, ojalá también esté con nosotros. Pero con nosotros está el mar, Pedro con Cristo, porque él también pisó el mar. Para nosotros el oro y la plata son el corazón: pero la sabiduría está por encima del oro, no en el oro. Por eso, quien deseaba tener Sabiduría, dijo: "La plata y el oro no tengo; pero lo que tengo, te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hechos III, 6). Porque no tenía oro, en el nombre de Cristo tenía la gracia de la operación piadosa. Por eso también se te dice: "Y lleva la Sabiduría a tu interior" (Job XXVIII, 18); y dentro: "Se ocultó", dice, "a todo hombre, y fue escondida de las aves del cielo" (Ibid. 21). Ni los hombres sabían dónde estaba, ni los ángeles, porque ellos son las aves del cielo, de quienes se dijo: "Y vi a un ángel volando por el cielo" (Apoc. XIV, 6).

31. Nadie pudo conocer la Sabiduría; porque nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo quiera revelarlo. Él, por tanto, reveló a Juan con quien estaba la sabiduría; y por eso dijo él, no lo que era suyo, sino lo que la Sabiduría le infundió: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios" (Juan I, 1). La Sabiduría no conoce la destrucción, no conoce la maldad. Porque la destrucción no pudo retenerla, quien dijo: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (I Cor. XV, 55). No la conoce la maldad, porque dijo: "Me buscarán los malos, y no me hallarán" (Prov. I, 28). Pueden decir: "Hemos oído su gloria". Solo Dios la conoce: "porque Dios", dice, "bien constituyó su camino: él conoce su lugar" (Job XXVIII, 23). ¿Cuál es el receptáculo de la Sabiduría? Escucha a su discípulo diciendo: "El Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha revelado" (Juan I, 18). Porque el Hijo conoció al Padre, porque él mismo dijo: "Como el Padre me conoció, y yo conozco al Padre" (Juan X, 15). La medida del conocimiento es igual, donde la unidad del poder es. Por tanto, el Padre que hizo todas las cosas, "conoce el peso de los vientos, la medida de las aguas" (Job XXVIII, 25): él vio la Sabiduría, y la reveló a través de sus profetas, porque el Padre reveló la Sabiduría, y la investigó; así como el Hijo reveló al Padre, a quien nada se le escapa, y dijo: Oh hombre, ¿qué quieres saber de las profundidades de la Sabiduría, que están por encima de ti? Temer a Dios es sabiduría, abstenerse de los males es disciplina (Ibid., 28).

LIBRO SEGUNDO. SOBRE LA INTERCESIÓN DE DAVID.

CAPÍTULO PRIMERO.

Después de la intercesión más vehemente de Job, sigue la intercesión más apacible de David. Este no se compara inadecuadamente con el ciervo, ya que el mismo Cristo no rehusó ser designado por el mismo animal. A él le convenía especialmente esta similitud por la aceptación de la pasión, la vocación de la Iglesia, la derrota del diablo, y el envío de los apóstoles, que también fueron ciervos.

1. Muchos han deplorado la debilidad de la fragilidad humana de manera más excelente; sin embargo, sobre todos, el santo Job y el santo David. Aquel superior, directo, vehemente, agudo, y como si estuviera exacerbado por dolores graves con un tono más elevado: este suave, apacible, y manso, con un afecto más tierno; para que verdaderamente, a quien se propuso imitar, imitáramos el afecto del ciervo. Y no te sorprenda, si parezco predicar a un profeta tan grande con la similitud de una bestia, cuando has leído que se dijo a los apóstoles: "Sed astutos como serpientes y prudentes como palomas" (Mateo X, 16).

2. Pero aunque tales similitudes se apoyen en ejemplos piadosos, y sea inocente y mansa la naturaleza de los ciervos; creo que el ciervo propuesto aquí para la imitación del Profeta es aquel del que Salomón, defensor de la mente paterna, dijo en los Proverbios: "Que el ciervo de la amistad, y el cervatillo de las gracias te hablen" (Prov. V, 19). Porque el verdadero Hijo de Dios en sí mismo expresó la naturaleza que él mismo otorgó a los seres animados, quien vino a este mundo como un ciervo: y se unía a ellos con pura simplicidad, de quienes se le preparaban insidias. Se dice que tal es la simplicidad de los ciervos, que cuando se ven acosados, se unen a esos jinetes que, puestos para el ministerio del engaño, con la apariencia de huida y la simulación de sociedad, los conducen hasta las redes. Así, el Señor, como ignorante del peligro y desprevenido, se mezclaba con los judíos que le tendían engaños, y se asociaba a Judas el traidor, por cuya funesta simulación llegó hasta los lazos de la cruz y las redes de la pasión. Por eso, volviéndose a él, dijo: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Lucas XXII, 48). Y de este modo vino a las redes de la Sinagoga, y queriendo se envolvió: pero no fue atrapado, ni inscrito, quien a todos liberó.

3. Finalmente, sobresalía sobre las redes. Y como los suyos no lo recibieron, llamaba a la Iglesia, y le confería su gracia, como la misma santa Iglesia protesta en los Cánticos diciendo: "Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las virtudes y las fuerzas del campo; que no despertéis, ni hagáis levantar el amor hasta que quiera" (Cant. II, 7). Pide, pues, en el olor del campo, que olía el santo Jacob, es decir, con esa fe, con esa devoción, que el esposo sea despertado por las hijas de Jerusalén, para que se apresure hacia la esposa, y que su amor hacia ella sea despertado, o incluso que él mismo sea despertado, porque el amor es el esposo. Porque Dios es amor, como dijo Juan (I Juan IV, 16). Pero él no permitió que otros lo despertaran; quien espontáneamente se apresuraba, saliendo del tálamo se regocijaba como un gigante para correr el camino. Lo vio la esposa, y oyó la voz del que venía, y de repente, volviéndose, dijo: "He aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas" (Cant. II, 8); porque salta sobre los mayores, brinca sobre los menores, para no sufrir impedimentos de la piadosa prisa. "Es semejante", dice, "mi primo a un corzo, o a un cervatillo de ciervos sobre los montes de Betel" (Ibid. 9). Buen ciervo, cuyo monte es la casa de Dios, a la que corría con tanta celeridad, que prevenía los votos y deseos de la esposa. Finalmente, al que había visto venir de lejos, de repente lo reconoció presente; por eso también dijo: "He aquí que está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, asomándose por las rejas. Respondió mi primo, y me dijo: Levántate, ven, mi cercana, mi hermosa, mi paloma; porque he aquí que el invierno ha

pasado, la lluvia ha ido, se ha retirado, las flores se han visto en la tierra" (Ibid. 10 y 11). El invierno es la Sinagoga: la lluvia es el pueblo de los judíos, que no pudo ver el sol: las flores son los apóstoles. Y añadió: "La cosecha de la siega ha llegado, la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra" (Ibid. 12). Esa cosecha es la fe de la Iglesia: la voz de la tórtola es la castidad.

4. Y no solo por estas cosas, sino también Cristo asume la similitud del ciervo, porque viniendo a la tierra aplastó a esa serpiente, el diablo, sin ninguna ofensa para sí mismo, a quien ofreció su talón, pero no sintió su veneno. Por eso se le dijo: "Sobre el áspid y el basilisco caminarás" (Salmo XC, 13). Seamos, pues, también nosotros ciervos, para que podamos caminar sobre las serpientes. Seremos ciervos, si seguimos la voz de Cristo, que prepara ciervos, y hace que no teman las mordeduras de las serpientes: y si algunos han sido heridos, quita su dolor, perdonando el pecado. De estos ciervos dice el Señor a Job: "¿Has observado el parto de los ciervos? ¿Has contado sus meses, los partos completos? ¿Has liberado sus partos, o has nutrido a sus hijos, para que no teman?" (Job XXXIX, 1 y ss.). Escucha cómo no temen los hijos de tales ciervos. Que te enseñe Isaías diciendo: "Y el niño pequeño meterá su mano en la cueva de las áspides, y no le harán daño" (Isaías XI, 8). Y para que reconozcas que parece significar a los hijos de la Iglesia, añadió: "Pero sus partos los liberarás, sus hijos se multiplicarán en generación, saldrán y no volverán atrás" (Job XXXIX, 4 y 5). Porque nadie que pone su mano en el arado, y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

5. Con razón, pues, el Señor se hizo ciervo; para que la voz del Señor preparara para sí tales ciervos, de los que dice: "En mi nombre echarán demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño" (Marcos XVI, 17 y 18). Porque tomaban serpientes, cuando los santos apóstoles con el espíritu de su boca sacaban de las guaridas de los cuerpos las maldades espirituales, ni sentían los venenos mortales. Finalmente, cuando una víbora salió de las ramas y mordió a Pablo, los bárbaros, al ver la víbora colgando de su mano, pensaban que moriría de repente. Pero él permanecía impávido, ni se movía por la herida, ni se impregnaba del veneno. Por eso, al verlo, no lo consideraban nacido por la condición del hombre, sino como nacido por la gracia de Dios, lo juzgaban por encima de los hombres. Mira al ciervo sacando víboras de las guaridas con el espíritu divino que estaba en sus narices, como dijo Job (Job XXVII, 3). "Pablo, vuelto en espíritu, y mirando con dolor, dijo al espíritu de Pitón: Te ordeno en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que salgas de ella inmediatamente. Y salió en esa misma hora" (Hechos XVI, 18). Mira al ciervo cuando viene al bautismo, y lavado en el riego de la fuente sagrada, rechaza todos los venenos de la persecución. Mira al ciervo, el Señor Jesús, cuando viene a Juan el Bautista, y a Juan diciéndole: "Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?", respondió: "Deja ahora" (Mateo III, 14 y 15). Y dicho esto, descendió con toda avidez a las aguas, sediento de la salvación pública. Pero ya hemos hablado bastante en el inicio del tratado, como al principio del año, el ciervo ha aludido según la costumbre popular. Continuemos con lo demás.

CAPÍTULO II. ¿Cuánto deseaba David ser liberado de esta vida llena de innumerables calamidades y pecados para llegar a la presencia de Dios! ¿Qué es la tierra de lágrimas y cuál es su utilidad? ¿Cómo el Profeta, elevando su alma por encima de las debilidades de la carne, derramó en oración lo que cubre los pecados ante Dios para entrar en el palacio celestial? Se tocan brevemente las delicias de este palacio, con el cual también se compara la Iglesia.

6. David intercede, como dije, diciendo al Señor: Como el ciervo anhela las fuentes de agua, así mi alma te desea a ti, Dios. Mi alma tiene sed de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Sal. XLI, 2 y 3). El santo arde de deseo y no se contiene. Pues la magnificencia del alma es mayor que la grandeza de cualquier cuerpo; y seguro de su mérito, desea volar de la tierra a lo celestial, como dice en otro lugar: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? (Sal. LIV, 7). Aquí hay lazos, en los cuales, aunque el justo no se enreda, sí se ve impedido: aquí hay dolores y preocupaciones; allí hay alegría, donde está la gracia: aquí, finalmente, están las ataduras del cuerpo, que Pablo ansiaba desatar; para que, despojado de todos los impedimentos, pudiera estar libre ante el Señor. Por tanto, el alma de David tenía sed de ver a Dios ya no por la fe, sino cara a cara; no solo de estar ausente del cuerpo, sino de ser liberado del cuerpo. Porque disolverme y estar con Cristo es mucho mejor; porque para el justo morir es ganancia. Y es una gran ganancia estar libre de pecado, no ser movido por las seducciones de los delitos. ¿Quién está limpio de mancha, cuando ni siquiera la vida de un solo día del hombre en la tierra está libre de la contaminación de los pecados? Viviendo, por tanto, acumulamos pérdidas de inocencia, y con la muerte alcanzamos el fin del error. Por tanto, la ganancia se adquiere con la muerte, pero el uso de la vida, como a deudores miserables, aumenta la deuda con el interés del usurero. Y bien tiene sed el alma que se apresura a la fuente, no de esta agua, sino de la vida eterna, de la cual dijo antes: Porque contigo está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV, 10). Con razón, pues, David se apresuraba a llegar y aparecer ante la faz de Dios, cuyo rostro es luz; porque todos aquellos a quienes el Señor mira, ilumina.

7. Mis lágrimas fueron para mí pan de día y de noche, mientras me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Sal. XLI, 4). Allí bien las lágrimas son pan, donde se tiene hambre de justicia. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Hay, por tanto, lágrimas que son pan y fortalecen al hombre. A esta discusión también conviene lo dicho en el Eclesiástico: Echa tu pan sobre la faz del agua (Ecl. XI, 1); porque allí está el pan celestial, donde el agua de la gracia; porque reciben correctamente la sustancia de la palabra y el alimento de la razón mística, aquellos de cuyo vientre fluyen ríos de agua viva. De igual manera, allí está este pan vivo, donde hay agua de lágrimas y llanto de penitencia. Pues así está escrito: Salieron con llanto, y con consolación los haré volver (Jer. XXXI, 9). Bienaventurados, pues, aquellos cuyas lágrimas son pan, que han merecido reír; porque bienaventurados los que lloran.

8. Recordando esto, dice, derramé mi alma sobre mí (Sal. XLI, 5). El santo recoge de lo que está afuera y derrama su alma sobre sí mismo; para que el alma, derramada sobre el cuerpo, oculte la debilidad de la carne, cubra el cuerpo para la penitencia, y la virtud del alma y de la mente se extienda por todas partes. Por eso también dice más adelante: Derramaré mi oración ante él (Sal. CXLI, 2). Donde se derrama la oración, allí los pecados están cubiertos. ¿De qué cosas dice que se acuerda? De aquellas que deseaba, para venir y aparecer en la presencia de Dios, para ver aquel palacio eterno, en el cual se paseaba con su mente y se deleitaba con la entrada anticipada.

9. Porque entraré, dice, en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios. Con voz de júbilo y de confesión, sonido de festín (Sal. XLI, 5). No sin razón lloraba, porque se encontraba en la tierra, a quien le correspondían los tabernáculos celestiales, y a quien el ingreso al palacio poderoso esperaba. Finalmente, prefería solo aquel a todas las riquezas de su reino, como él mismo testificó en otro lugar diciendo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida y que vea la delicia del Señor (Sal. XXVI, 4). La delicia del Señor está en la Iglesia: la Iglesia es imagen de las cosas celestiales; pues después de que pasó la sombra, sucedió la imagen. La sombra es la

Sinagoga: en la sombra está la Ley, en el Evangelio la verdad. Por eso en la luz del Evangelio resplandece la imagen de la verdad. Lloraba, pues, el Profeta; porque se diferían los bienes plenos de gracia y llenos de alegría.

CAPÍTULO III.

No es de extrañar que David se turbara por los males de esta vida, aunque no carecieran de su consuelo; cuando el mismo Cristo, que sufrió la muerte voluntaria, quiso turbarse, ¿y en qué sentido debe entenderse esto? También, ¿por qué en otro lugar el Profeta dijo no confiteor, sino confitebor?

10. Finalmente, también dice más adelante: ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! (Sal. CXVI, 5). Y por eso intercedía ante el Señor, porque se apresuraba hacia cosas mejores. Sin embargo, en las mismas aflicciones del mundo, habría gran consuelo en las cosas presentes, esperanza en las futuras. Pues, ¿quién no levantaría el ánimo, quien pudiera esperar que en el tabernáculo celestial se le reservaran aquellas bienaventuradas compañías? Pero como a la condición débil a menudo las cosas futuras le son tediosas, y las presentes una molestia; por eso también el alma del santo Profeta se turbaba con las olas del cuerpo que se levantaban.

11. Pues no quiero que te extrañe si el Profeta dice que su alma está agitada, cuando el mismo Señor Jesús dijo: Ahora mi alma está turbada (Juan XII, 27). Porque quien asumió nuestras debilidades, también asumió nuestro afecto, en el cual estaba triste hasta la muerte, no por la muerte; pues la muerte voluntaria no podía tener tristeza, en la cual habría la futura alegría de todos, el refrigerio de todos. De la cual también dijo en otro lugar: Y me levanté, y vi, y mi sueño fue dulce para mí (Jer. XXXI, 26). Buen sueño que hizo que los hambrientos no tuvieran hambre, que los sedientos no tuvieran sed, para quienes preparó la dulzura de los sacramentos. ¿Cómo, pues, su alma se turbó por el temor, quien hizo que las almas de otros no temieran? Triste, pues, hasta la muerte, hasta que se consumara la gracia: lo cual se prueba por el testimonio de él mismo diciendo sobre su muerte: Tengo un bautismo con el que ser bautizado, y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla? (Luc. XII, 50).

12. Turbado, pues, David por los sinuosos caminos de este mundo, dijo: ¿Por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me turbas? Espera en Dios, porque le confesaré: la salvación de mi rostro, y mi Dios (Sal. XLI, 6 y 7). Por tanto, cuando estamos angustiados y preocupados, la esperanza nos confirme con la expectativa de las cosas futuras. Observa cada cosa: Espera, porque le confesaré, dice. No confieso, sino confesaré; esto es, entonces confesaré mejor, cuando con el rostro revelado contemple la gloria del Señor y sea transformado en la misma imagen.

13. De repente, mientras se consolaba, vuelto en sí mismo dijo: Mi alma está turbada dentro de mí (Sal. XLI, 7); es decir, quien debe confirmar a otros, yo mismo estoy turbado. Y como de mí mismo no tengo firmeza, tomémosla del autor.

CAPÍTULO IV.

Quienes consideran bueno turbarse, deben salir de Egipto, que se designa por el Jordán: por ese río también se simboliza a Cristo, que penetra los pensamientos del corazón y divide a los santos la posesión terrenal y celestial. Esto, sin embargo, conviene a Cristo, sin excluir al Padre; y allí, ¿qué se significa por Sicima? También que Cristo fue un gran monte por la

divinidad, pequeño por la encarnación, la cual, cuando la antigua Ley no era suficiente para redimir a los hombres, quiso asumir para traer el Evangelio.

14. Por eso, dice, me acordaré de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y de los Hermonitas (Sal. XLI, 7). Se acuerda de la tierra del Jordán, en la cual la gracia acumula el recuerdo de la devoción. En el Jordán descendió Naamán, aquel sirio, y fue hecho limpio de lepra. En el Jordán fue bautizado Cristo, cuando instituyó la forma del lavacro salvador. El nombre Jordán significa descenso, por el cual descendió el Señor Jesús, porque purificó la contaminación de los pecados de los vecinos del río Jordán. Este río sale de Egipto y divide la tierra de la promesa. Por tanto, quien se turba, si lo considera bien, sale de Egipto y sigue el camino de la luz. Hermonitas también se interpreta como camino de la lámpara. Sal, pues, primero de Egipto, si quieres ver la luz de Cristo. Salió la cananea de los confines de las naciones, y encontró a Cristo, a quien decía: ¡Ten misericordia de mí, hijo de David! (Mat. XV, 22). También Moisés salió de Egipto, y fue hecho profeta, y enviado al pueblo, para liberar sus almas de la tierra de aflicción. La lámpara, sin embargo, está en el cuerpo de Cristo. Esta lámpara te muestra el camino. Por eso también el santo David dice: Lámpara es a mis pies tu palabra (Sal. CXVIII, 105). Lámpara, porque iluminó las almas de todos, y en las tinieblas mostró el camino. El Evangelio es el camino de la lámpara; brilla en la sombra, es decir, en el mundo. Por eso también en otro lugar tienes: Serán emblanquecidos como la nieve en Selmón (Sal. LXVII, 15), es decir, en la sombra.

15. También el Jordán es Cristo, que divide la tierra. ¿Cómo divide? Escucha: Y una espada atravesará tu propia alma, para revelar los pensamientos de muchos corazones (Luc. II, 35): porque es el divisor de nuestras almas, quien desciende a los secretos más íntimos del corazón, y descubre los pensamientos de las mentes. Esta espada es la palabra viva de Dios. Finalmente, a los Hebreos así lees: La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos (Hebr. IV, 12). Este es el manantial de Siloé, que se llama enviado, porque Cristo dijo que fue enviado por el Padre (Juan IX, 7). Y está aquella división que se recoge de que ambas orillas del Jordán fueron habitadas por las Tribus de los judíos, porque el Hijo del hombre, que en los últimos tiempos descendió del cielo, es el verdadero Jordán, el verdadero divisor de las cosas terrenales y celestiales, dio a los padres una posesión dividida: una que se poseyera en la tierra, otra que se guardara para los méritos de la vida futura. De lo cual conviene a Cristo solo, o dividir las cosas celestiales, o descubrir las ocultas. Pues divide las cosas interiores, quien descubre las ocultas, lo cual es ciertamente un signo de divinidad. Finalmente, así tienes escrito que el Señor dijo: Me alegraré y dividiré Sicima (Sal. LIX, 8). Esta es aquella magnífica porción, que Jacob asignó a su hijo José como más excelente que todas. Por eso dice: Yo te doy Sicima magnífica sobre tus hermanos, que tomé de la mano de los amorreos, con mi espada y mi arco (Gen. XLVIII, 22). Porque la división se debe solo al Señor, que se comprende con la Palabra, es decir, con aquella verdadera espada espiritual de Salomón. ¿Qué es solo? ¿Al Padre sin Cristo, o a Cristo sin el Padre? De ninguna manera. Cuando digo solo al Padre, no separo al Hijo; porque el Hijo está en el seno y secreto del Padre. Cuando digo solo al Hijo, también uno al Padre, como lo unió el Hijo diciendo: He aquí viene la hora, en que me dejaréis solo: pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo (Juan XVI, 32). Así, pues, también el Padre se dice solo bienaventurado, y solo poderoso; para que el Hijo no se separe de él, quien siempre está en el Padre (I Tim. VI, 13 y 16). Finalmente, Juan claramente: En el principio era el Verbo (Juan I, 1), pero sin el Padre no era. Y Dios era el Padre, pero sin el Verbo no era: porque el Verbo estaba con Dios.

16. Esta Sicima es la Iglesia. Pues Salomón la eligió, cuyo afecto oculto distinguió. Esta Sicima es María, cuya alma atraviesa y divide la espada de Dios. Esta Sicima es ascendente,

como tiene la interpretación. ¿Cuál es la ascendente? Escucha sobre la Iglesia. ¿Quién es esta que sube blanqueada apoyada en su hermano? (Cant. VIII, 5). Esta es actinosa, que en griego se dice ἀκτινώδης, porque resplandece por la fe y las obras: a cuyos hijos dice: Que vuestras obras brillen ante mi Padre, que está en los cielos (Mat. V, 16).

17. Por tanto, David se acuerda de Dios desde la tierra del Jordán y de los Hermonitas desde un monte pequeño. ¿Quién es este monte pequeño? Consideremos si acaso la divinidad de Cristo es un monte grande. Finalmente, lleno el cielo y la tierra, dice el Señor (Jer. XXIII, 24). Si, pues, la divinidad de Cristo es un monte grande, ciertamente su encarnación es un monte pequeño. Por tanto, Cristo es ambos, monte grande y menor: grande verdaderamente; porque grande es el Señor y grande su poder: menor; porque está escrito: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. VIII, 6). Por eso también Isaías dice: Lo vimos, y no tenía aspecto, ni hermosura (Isa. LIII, 2). El mismo, sin embargo, hecho menor de lo grande, y grande de lo menor. De lo grande hecho menor; porque siendo en forma de Dios, se anonadó a sí mismo, y tomó forma de siervo: de lo menor hecho grande; porque dice Daniel: Y la piedra que hirió la imagen, se hizo un gran monte, y llenó toda la tierra (Dan. II, 36). Si buscas quién es esta piedra, reconócelo. La piedra que desecharon los edificadores, esta fue hecha cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22). El mismo, sin embargo, aunque parecía pequeño, era grande. A lo cual Isaías también da testimonio diciendo: Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, cuyo principio está sobre sus hombros, y será llamado Ángel del gran consejo (Isa. IX, 6). Todo por ti, Cristo. Piedra por ti, para que tú seas edificado: monte por ti, para que tú asciendas. Asciende, pues, sobre el monte, tú que buscas las cosas celestiales. Por eso inclinó el cielo, para que tú estuvieras más cerca; por eso se levantó en la cima del monte, para elevarte.

18. No sin razón, pues, el abismo invocaba al abismo; para que este monte se hiciera pequeño, del cual el Profeta dice: El abismo llama al abismo a la voz de tus cataratas (Sal. XLI, 8). No prevalecía el Antiguo Testamento para la redención de este mundo: invocaba, y como llamando en auxilio al Nuevo Testamento. Clamaba la Ley anunciando el Evangelio. Pues era semiplena: y por eso era necesario que viniera quien cumpliera la Ley. Porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente, quien vino a cumplir la Ley, no a disolverla. ¿Cómo es la Ley un abismo? Escucha diciendo: Tus juicios son como un gran abismo (Sal. XXXV, 7). Al mismo tiempo, entiende de aquí que ambos Testamentos son de una misma sabiduría, que vino como a cumplir lo suyo. Cataratas, sin embargo, entendemos los profundos de las palabras, y la fuerza del discurso celestial: que fluyeron para nosotros como lluvia del cielo. Por tanto, el remedio de todos los tedios es Cristo, y la Escritura divina; y en las tentaciones un solo refugio.

CAPÍTULO V.

El Profeta, acosado por las miserias, implora la misericordia divina, que se manifiesta especialmente en las adversidades. Dios es el sustentador del hombre, tanto por la creación, en la cual tiene el mismo derecho sobre nosotros que el alfarero sobre los vasos de barro, como por la defensa, en la cual conserva la vida concedida al hombre.

19. Finalmente, cuando David advierte que las elevaciones de las olas seculares venían sobre él, las cuales es necesario que soportemos muchas en este mar de la vida, recordando las misericordias del Señor que prometió en innumerables oráculos, vuelto a las oraciones intercede ante Dios, sabiendo que su misericordia se manda en la luz, es decir, en la Ley; porque tus preceptos son luz (Isa. XXVI, 9): pero en las tentaciones, como en las tinieblas de la noche, se manifiesta. Por eso, como un viajero que desea regresar a su patria, y llegar a

donde se dirige, fatigado sin embargo por el áspero camino de esta vida, llama a un guía, y suplica alivio.

20. En mí, dice, la oración al Dios de mi vida; diré a Dios: Eres mi sustentador (Sal. XLI, 10). Bien busca ya auxilios conocidos, y se dirige al autor de la promesa, y al proveedor del don acostumbrado; para que al socorrer, si el mérito del hombre ofende, no ofenda el ejemplo divino. Alguien dice: ¿Cuándo lo sostiene Dios? Para afirmar esto, ven conmigo al principio de la Sagrada Escritura (Gen. II, 7), y ve cómo el Señor formó al hombre con sus manos del barro. Por eso también él mismo dice más adelante: Tus manos me hicieron y me formaron (Sal. CXVIII, 73). Como un alfarero, Dios operó la obra de la carne humana. Y a Jeremías se le dice: Desciende a la casa del alfarero, y allí oirás mis palabras (Jer. XVIII, 2). Al alfarero ciertamente le sucede a menudo que, mientras se forma el vaso, cae de sus manos, y recoge de nuevo el barro, para reformar el vaso. Finalmente, también Jeremías dice: Descendí, y vi cómo cayó el vaso que él mismo hacía en sus manos (ibid. 3, 4). Y de nuevo dice: Hizo otro vaso como le pareció bien (Ibid.). Con razón, pues, se dice sustentador; porque con sus manos él mismo nos sostuvo, él mismo nos formó. Los vasos del alfarero humano son aquellos, unos para honra, otros para deshonra. Todos somos vasos de barro: y si alguien es rey, es un vaso de barro; y si es apóstol, es un vaso de barro. Por eso también Pablo dice: Tenemos, dice, este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). Y el profeta dice del rey: Jeconías fue despreciado como un vaso, cuya obra no es necesaria (Jer. XXII, 28). Y añadió: Tierra, escucha la palabra del Señor, escribe a este hombre como desechado (Jer. XXII, 28). Como por derecho paterno, nuestro Dios suele repudiar a los hijos degenerados; por eso también los escribe en la tierra, porque son hijos de la tierra. Por eso, cuando los judíos acusaban a la adúltera, el Señor Jesús escribía con el dedo en la tierra. Pero los justos no son escritos en la tierra, a quienes se les dice: Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 20).

21. Nos recibió el Señor cuando nos formó: nos recibe también cuando nos ordena nacer. De ahí que el justo diga: Me recibió del vientre de mi madre (Sal. CXXXVIII, 13). ¿De qué madre? Antes de formarte en el vientre, te conocí (Jer. I, 5). A quienes forma y recibe, también los recibe al salir. Y antes de que salieras del vientre de tu madre, te santifiqué. Es receptor quien recibe con las manos, como se dice del receptor del género humano; y quien recibe con visita, para proteger. De ahí que el Profeta diga: El que habita al amparo del Altísimo, dirá al Señor: Tú eres mi receptor y mi refugio (Salmo XC, 1 y 2). La primera recepción es de operación, la segunda de defensa. Finalmente, escucha a Moisés diciendo: Extendiendo sus alas, los tomó y los llevó sobre sus hombros (Deut. XXXII, 11): como el águila recibe, que acostumbra examinar a sus crías; para sostener y nutrir a aquellos en quienes advierte la índole verdadera del parto y la gracia incorrupta de la naturaleza; o rechazar a aquellos en quienes descubre la debilidad de un origen degenerado en una edad aún tierna.

646 CAPÍTULO VI.

David se lamenta de que Dios parece haberlo olvidado, confesando tanto los méritos de sus pecados como su propia debilidad, que no puede subsistir sin el auxilio divino. Lamenta también haber sido rechazado por Dios, quien antes lo había recibido. ¿Cuán bienaventurado es ser arrojado a Dios desde el vientre? ¿Y de qué manera se aplica esto a Cristo?

22. ¿Por qué me has olvidado y por qué me has rechazado? (Sal. XLI, 10). Dios no olvida. Es imposible que olvide, para quien todo lo hecho y lo futuro es presente: pero nuestros pecados

le infunden el mérito del olvido; para que borre a aquellos que considera indignos de su visita. Porque el Señor conoce a los que son suyos. Sin embargo, cuando algunos obran iniquidad, les dice: No os conozco (Mat. VII, 23). ¿Quién, pues, puede decirle a Dios: ¿Por qué me has olvidado? Pero esto es común tanto a los santos como a nosotros, los débiles. El santo lo dice como consciente de su mérito; y sin embargo, cuanto más santo, más humilde. Si apenas el santo lo dice, ¿qué diré yo, pecador, sino que lo referiré a aquello: ¿Por qué te has olvidado de tu obra; por qué te has olvidado de tu visita? Finalmente, ¿por qué te has olvidado de mi debilidad? ¿Qué es el hombre, sino que lo visitas? No olvides, pues, al débil. Recuerda, Señor, que me hiciste débil: recuerda que me formaste del polvo. ¿Cómo podré sostenerme, si no miras siempre para solidificar este barro, para que de tu rostro provenga mi solidez? Cuando apartes tu rostro, todo se turbará: si miras, ay de mí; no tienes qué mirar en mí, sino las manchas de los delitos; ni es útil ser abandonado, ni ser visto; porque mientras somos vistos, ofendemos. Sin embargo, podemos estimar que no rechaza a los que ve; porque purifica a los que mira. Un fuego arde ante él, que consume el crimen.

23. Es bueno, pues, para nosotros, no ser rechazados. Por eso se lamenta David, porque se creyó rechazado, quien antes había sido recibido. Finalmente, en los versículos posteriores dice: En ti fui confirmado desde el vientre (Salmo LXX, 6). Pero también tenemos escrito anteriormente: En ti fui arrojado desde el vientre: desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios (Sal. XXI, 11). Es bueno también ser arrojado, pero a Dios. Finalmente, esto se dice en el salmo XXI en persona de Cristo, quien verdaderamente fue arrojado al Padre desde el vientre de la Virgen; pues no lo recibieron cosas terrenales al morir. De ahí que, puesto en la cruz, al entregar su espíritu, dijo al Padre: En tus manos encomiendo mi espíritu (Luc., XXIII, 46).

24. No añadan, pues, algunos: Señor, como hacen los salmistas, lo que no encontré ni en mi códice latino, ni en el griego, ni en el Evangelio, que es más evidente. Finalmente, había dicho antes: Padre, perdónales este pecado (Ibid., 34); y por eso, como al Padre, en sus manos encomienda su espíritu, en cuyo seno siempre está el Hijo. Aunque, si añaden que dijo, Señor, consideren que lo dice como hombre puesto en la muerte.

25. Por tanto, fue arrojado del vientre al Padre, desde el vientre de su madre, es decir, definió que aquel vientre que lo arrojó es el vientre de la madre. Pero el Padre dijo: Desde el vientre antes del lucero te engendré (Salmo CIX, 3). No arrojó ciertamente el Padre al Hijo, de quien el Hijo nunca salió, como él mismo dice: Fui entregado, y no salía (Sal. LXXXVII, 9). No lo arrojó, a quien está unido por la unidad de la misma sustancia. Por tanto, también puede leerse así: En ti fui arrojado desde el vientre de mi madre (Sal. XXI, 12), para que siga: Tú eres mi Dios, no te alejes de mí. También puede ser así: Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios; porque estando en el vientre, nunca me aparté de ti; contigo estaba, quien como Jonás en el vientre del cetáceo, te suplicaba por el pueblo. Y verdaderamente desde el vientre de su madre estaba con Dios, según está escrito: Porque antes de que el niño sepa lo bueno o lo malo, eligió lo que es bueno (Isa. VII, 16). Y: Antes de que llame padre o madre, despojó la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria (Isa. VIII, 4); para que, convocadas las naciones, adquiriera el reino al Padre con el culto devoto de piedad. Veamos lo demás.

CAPÍTULO VII.

Mientras se difiere el esperado advenimiento de Cristo, el diablo ha actuado con violencia, para aplastar a los que creerían en Cristo, y en ellos fijar sus signos: donde se discute sobre qué signos debemos seguir y cuáles evitar. El diablo pone sus signos en aquellos que reciben la semilla de la fe en el camino; los santos, por el contrario, colocan la fe del diablo en lo

transitable: finalmente, para que el diablo no contamine el tabernáculo de Dios, es necesario prever, para lo cual es especialmente necesaria la perseverancia.

26. ¿Por qué, dice, me has rechazado: y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo: quebranta mis huesos: me reprochan los que me atormentan, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué estás triste, alma mía? (Sal. XLI, 10). Y lo demás. La primera interpelación tenía una queja, porque se posponían los bienes, cuyo fruto ya se deseaba. La segunda interpelación, porque el esperado advenimiento de Cristo se difería a los prudentes, a quien la Ley había anunciado, a quien los profetas prometían, y los corazones de los justos ardían con más impaciencia, porque sabían que vendría para la redención de todos. ¿De todos quiénes? A quienes abriría el camino de la virtud por la senda evangélica, y mostraría las sendas de las buenas obras, como él mismo dijo en los Proverbios: El Señor me creó principio de sus caminos (Prov. VIII, 22). Por eso se le decía: ¿Dónde está tu Dios? porque Cristo aún no había venido, pero se esperaba. Así que el diablo actuaba con violencia, para aplastar a los que sabía que creerían en el advenimiento del Señor, y los afligía con diversas calamidades. Por tanto, David intercede, para que con una queja profética despierte al que tarda, lo inste a apresurarse, lo advierta a socorrer. Tenemos una similitud de esta interpelación también en los versículos posteriores, donde el mismo profeta dice: ¿Por qué nos has rechazado, Dios, hasta el fin? (Sal. LXXIII, 1). Y allí lamentó abiertamente que se hubiera olvidado de su congregación, y que hubiera desechado la vara de su herencia; y que los enemigos de Dios se hubieran levantado contra su pueblo, de los cuales dice: Y se han gloriado los que te odian, en medio de tu fiesta (Ibid. 4). Tal vez este versículo parecería declarar a los asirios, que triunfaron sobre el pueblo de los judíos, a menos que siguiera: Pusieron sus signos como signos, y no los conocí (Ibid. 5). Los signos siempre están en la guerra, que acostumbran preceder a los que van a luchar, y guiar la marcha militar. Cada número o legión sigue sus propios signos. Y si se dispersan por el tumulto de las guerras, donde vean que están sus signos, aunque estén lejos, regresan. Cada líder establece estos signos, y prescribe que se sigan. Pero también hay otros signos, que el enemigo victorioso impone, y decreta que se observen como si fueran cautivos; pero el soldado fiel sigue sus propios signos, no reconoce los ajenos.

27. Consideremos más intensamente y con más empeño cuáles son los signos ajenos. Cristo puso su signo en las frentes de cada uno; allí también el Anticristo pondrá sus signos, para reconocer a los suyos. Pero quien es judío en lo oculto, ese verdadero confesor dice: Pusieron sus signos como signos, y no los conocí. Los pusieron el diablo y sus ministros, pero yo no los conocí; porque no consentí en sus artes, no accedí a sus mandatos. Nabucodonosor, el asirio, puso signos a los jóvenes hebreos, y les cambió los nombres; y les ordenó que adoraran su imagen, y se apartaran de las solemnidades de sus padres, y siguieran los ritos caldeos, dejando de lado la Ley de Dios. Esto lo decretó el rey, pero Daniel decidió en su corazón evitar las contaminaciones de la mesa real (Dan. III, 18). Por tanto, le conviene decir: No conocí los signos ajenos. Se ordenó que los jóvenes hebreos adoraran la imagen del rey; le respondieron: No adoramos tu imagen. Por tanto, cada uno de ellos dijo adecuadamente: Pusieron sus signos como signos, y no los conocí (Dan. III, 18); es decir, no los experimenté, no los recibí con ningún consentimiento, no los trasladé a mí con ninguna sociedad. Por eso también leemos del Hijo de Dios que no conoció pecado (II Cor. V, 21). Y en otro lugar tienes: Porque quien guarda el mandamiento no conoce la palabra maligna (Ecles. VIII, 3): cuando claramente se ve que no es el conocimiento de la maldad, sino la sociedad criminal, lo que incluso David dice en los versículos posteriores: A los que se desvían de los malvados no los conocía (Sal. C, 4). Donde quieran poner estos signos los adversarios, lo declara: Como en el camino, dice, sobre lo alto: como en un bosque de árboles, cortaron sus puertas con

hachas, las derribaron con hachas y azuelas (Sal. LXXIII, 6). ¿Qué significa esto, sino que muestra que nuestra fe no debe estar como en el camino; para que no vengan las aves del cielo y la lleven, como aquella palabra que lees en el Evangelio, que no debe sembrarse junto a los caminos y senderos (Luc. VIII, 5).

28. Por tanto, los santos, queriendo erradicar la fe de este adversario, que no ven sus signos en su corazón, intentaron colocarla como en el camino, es decir, en lo transitable. Pero el corazón está en lo alto; porque los ojos del sabio están en su cabeza. Y pusieron los signos como en un bosque de árboles, que pronto se queman con fuego, o se cortan con hachas. Porque sale fuego del bosque, y quema incluso los cedros del Líbano. Esto pensaron hacer; para contaminar el tabernáculo del nombre divino, que está en nosotros. Así como somos templo de Dios: también somos tabernáculo de Dios, en el que se celebran las fiestas del Señor. Por tanto, tú, oh hombre, guarda tu altura, para que aplastes las cabezas de los enemigos, la cima del cabello de los que pasan (Sal. LXVII, 22). Porque caminan en lo superfluo, no en lo santo; en la cima del cabello, no en la cima de la devoción y la fe. Y si el espíritu del que tiene poder sobre ti sube, como tienes en el Eclesiastés, no dejes tu lugar (Ecles. X, 4). Porque Cristo te ha constituido superior, a quien hizo a imagen de Dios. Por tanto, mantén el lugar superior de la fe y la piedad, que recibiste de Cristo; para que, hecho superior, al que asciende de lo inferior, es decir, de lo terrenal y secular, rechaces fácilmente al espíritu maligno, y no recibas sus signos en tu pecho: no ocupe el vestíbulo de tu alma, ni la entrada de tu mente; y como en un bosque de árboles, con sus fuegos consuma lo caduco y frágil, o con sus hachas corte las puertas de tu corazón. Sea, pues, en nosotros no un bosque, sino una viña; sea la puerta de nuestra boca y corazón cerrada con más diligencia, para que el enemigo no entre. Pronto derriba la puerta, si la encuentra abierta. Pero Cristo llama, no derriba, quien fortaleció, oh Jerusalén, los cerrojos de tus puertas. Cristo llama con la mano, para que abras, el adversario corta con hachas; y por eso está escrito (III Reg. VI, 7), que no entre hacha ni martillo en la casa de Dios. Fuera debe estar la soberbia y el engaño, no dentro. Porque fuera son las luchas, dentro la paz que sobrepasa todo entendimiento. No sea tu alma cortada con hierro: sino que como el alma de José, así tu alma pase el hierro; para que tu principal, como un tabernáculo del Verbo, no sea destruido en el mismo principio de la fe y la doctrina espiritual por la entrada. Fundado por el uso y la práctica, permanece inmóvil, y no da lugar a quien intenta ascender a lo alto, como transfigurándose en ángel de luz; quien si no ve sus signos en nosotros, no podrá tener autoridad para resistir. Por tanto, para que el enemigo no nos aflija, para que no quiebre nuestros huesos, no dejemos de perseverar en Cristo para que diga de nosotros: Tienen tres días que perseveran conmigo, y no quiero despedirlos en ayunas, para que no desfallezcan en el camino (Mat. XV, 32). Bienaventurado aquel a quien él le dé la firmeza del corazón, para que no pueda desfallecer en el camino de esta vida. Porque no desfallece quien espera en el Señor, y le confiesa con íntimo afecto; ya que incluso aquel jinete cuyo caballo mordió el talón la serpiente, aunque cayó hacia atrás, no fue engañado, porque esperó la salvación del Señor.

CAPÍTULO VIII.

David pide que su causa se distinga de la de los inicuos, pero no así Cristo, a quien el Padre ha dado todo juicio. Con razón el Profeta, turbado por enemigos internos y externos, insistió en que la luz del auxilio divino le brillara pronto; sin embargo, fue recreado por Dios con el conocimiento de la futura redención.

29. La tercera interpelación del Profeta es que, estando en medio de hombres que ejercen iniquidades, desea que su causa se separe de su contagio. Lo que muchos creen que debe referirse al Señor Jesús, ya que solo él no teme el juicio, quien vence cuando es juzgado.

Porque tiene un juicio del hombre iniquo, en el que Cristo entra voluntariamente, como tienes escrito: Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado? (Miq. VI, 3). Sin embargo, dado que el Padre le ha dado todo juicio, no como a un débil, sino como a un hijo, ¿qué juicio puede él mismo someterse? Si consideran que el juicio del Padre debe ser soportado por el Hijo, ciertamente el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo; para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. El Padre honra al Hijo, y tú juzgas. Esto lo hemos puesto para que nadie piense que, por temor a la cuestión, subrogamos la persona del Profeta en lugar del Señor, cuando el santo David, previendo con el espíritu que los judíos se levantarían contra la pasión del Señor, no teme el juicio de su fe: también desea que su causa se distinga de la gente de los perseguidores; para que no se vea implicado en los malos herederos de su raza y posteridad de toda la descendencia del pueblo judío.

30. No sin razón, pues, se turba, quien ve que tiene una lucha contra la carne y la sangre, y que en sí mismo tiene un grave naufragio, en su cuerpo una tempestad, que no puede soportar, a menos que el auxilio celestial lo sostenga. Porque nadie es un enemigo más grave para el hombre que sus propios domésticos: ¿y qué hay más doméstico que el hombre para sí mismo, y la debilidad de su carne? Y por eso el Profeta se apresura, y ruega con todo afecto, para que Cristo venga, la fortaleza de todos, quien reciba todas las debilidades, y haga de ambos uno, y las enemistades de la mente y la carne que se combaten entre sí, las disuelva quitando el muro que dividía el afecto interno, para que no se reuniera en concordia. Por tanto, porque en sí mismo tenía una lucha, había de los próximos quienes, olvidados de la ley y la equidad, preparaban lazos de fraude e insidias, y el remedio esperado se difería; se creía rechazado, como si rehusara venir quien había prometido ser el remedio. Y como si fuera retirado de la esperanza del día que amanecía a las profundidades de las tinieblas, oraba para que la luz que rechaza el desolador resplandeciera, la verdad eterna estuviera presente, que aboliera la falsa imagen de este mundo.

31. Dios asistió a los deseos, quien suele asistir de improviso, y manifestarse a los que no lo buscan, como él mismo dice: Me manifesté a los que no me buscaban (Isa. LXV. 1). Y habiendo apoyado las oraciones piadosas, anticipó la serie de los deseos con un rápido efecto, y de repente condujo al santo Profeta en espíritu a la Iglesia y a sus tabernáculos, y ante sus ojos estableció el altar sagrado, en el que sería la futura redención de todo el mundo, y la remisión de los pecados de todos en todo el orbe.

CAPÍTULO IX.

Las palabras del Profeta significan que Dios, quien había sido apartado de los hombres por sus pecados, se reconcilió con ellos después por la pasión de Cristo: donde se confirma que Dios, habiendo rechazado los sacrificios de los hombres, puede reconciliarse también con el testimonio de Isaías. Asimismo, para que entremos en la casa de Dios, nosotros que, como islas, golpeados por las olas de los crímenes, sufríamos naufragios, hemos sido renovados de múltiples maneras por Cristo.

32. Viendo, pues, en espíritu aquella dulzura de los sacramentos celestiales, aquella mesa que rechaza las insidias de los que oprimen, como él mismo dijo en lo anterior: "Preparaste una mesa ante mí, en presencia de mis enemigos" (Salmo XXII, 5), dice: "Y entraré al altar de mi Dios, al Dios que alegra mi juventud" (Salmo XLII, 4). Lo dijo bellamente, como Adán, "Y entraré". Pues fuimos expulsados del paraíso del Señor, desde que Adán, consciente de su pecado, desvió su rostro del Señor. También añadió decorosamente: "Y entraré al altar de Dios", como si regresara ante la presencia de Dios. Pues estaba alejado de nuestras ofrendas,

cuando no aprobó las ofrendas de Caín, el parricida. Caín se ocultaba, ajeno a la presencia del Señor, furioso con una violenta disposición de ánimo, porque el Señor había mirado las ofrendas de su hermano, pero no las suyas, y bajo la ofensa dejó a sus propios herederos. Abel había sido asesinado no para sí mismo, cuyo sangre clamaba al Señor; sino que había sido asesinado para todos nosotros. Casi ningún sacrificio era ya aprobado; porque no había quien hiciera el bien, no había ni uno solo, cuando ni a Dios se le guardaba fe, ni a la hermandad del hermano se le reservaba piedad. Vino el Señor Jesús para resucitar a Adán. Fue resucitado también Abel, cuyas ofrendas agradaron a Dios. El Señor Jesús se ofreció a sí mismo, es decir, las primicias de su cuerpo, en la aspersion de sangre que habla mejor que la sangre de Abel habló en la tierra. Dios miró sus ofrendas, desde que él mismo dejó la gracia de la reconciliación divina a los buenos herederos. Por tanto, correctamente el santo David, como desde la persona del hombre reconciliado, dice: "Y entraré al altar de mi Dios, al Dios que alegra mi juventud".

33. Demostremos este lugar, si podemos, también con el ejemplo de otro profeta, cómo el Señor primero rechazó los sacrificios del hombre, y después se reconcilió con él. Tenemos escrito en el libro de Isaías, diciendo el Señor: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor. Estoy lleno: (Isaías I, 11), es decir, tengo en abundancia lo mío, no busco lo vuestro: no quiero holocaustos de carneros, ni grasa de corderos, ni sangre de toros y machos cabríos, ni así vengáis a mi presencia". Y sin embargo, Abel había ofrecido un sacrificio del fruto del ganado en el que había agradado a Dios: pero no buscaba el tipo, quien esperaba la verdad del sacrificio. Pues se esperaba la pasión del Señor salvador. ¿Quién, pues, ha requerido esto de vuestras manos? No pisaréis mi corte (Ibid. 12). Y más adelante, "Cuando extendáis vuestras manos hacia mí, apartaré mi rostro de vosotros... Pero lavaos, sed limpios, quitad la maldad de vuestras almas. Juzgad al huérfano, y defended a la viuda, y venid, discutamos, dice el Señor" (Ibid. 15 y 16). Por tanto, está claro que el Señor primero se apartó de los sacrificios del hombre, y después se reconcilió, para dignarse a mirar nuestros sacrificios.

34. Por eso, pues, entra seguro quien se adentra en la misericordia del Señor. Finalmente, al buen siervo se le dice: "Entra en el gozo de tu Señor" (Mateo XXV, 21). Pero del siervo malo se dice: "Llévalo a las tinieblas exteriores" (Ibid. 30). Por eso también Adán, expulsado de la patria celestial y de aquella sede del paraíso, fue relegado a la isla del pecado. Correctamente, pues, dice la Escritura: "Renovaos, islas" (Isaías XLI, 1). Porque por las olas de los pecados, como islas en el estrecho de este mundo, estamos rodeados. Estas islas, pues, por la venida del Señor, fueron renovadas por el perdón de los pecados, es decir, los hombres en el lavacro, situados entre las aguas como islas, eran golpeados por las masas de las olas como islas, por las sonoras olas de los pecados que rebotaban como islas, en las que antes, como en escollos de fraudes, había frecuentes naufragios para los simples; porque había engaño en el corazón, en la boca halagos. Pero después que el Señor Jesús, en quien no hay engaño, viniendo a este mundo, con la exposición celestial de la doctrina serenó las profundidades de las mentes humanas, y devolvió la tranquilidad a los afectos de cada uno, quitando la cerca de la discordia, como ciertos puertos comenzaron a ser refugios para los que se acercaban; para que cada uno establezca la nave de su tranquilidad en el afecto del prójimo o del hermano, y se adhiera en un cierto retiro de mente piadosa a la orilla.

35. No sin razón, pues, como renovado, clama David: "Y entraré al altar de mi Dios, al Dios que alegra mi juventud"; para que quien antes había dicho que se había envejecido entre sus enemigos, como leemos en el sexto salmo, aquí diga que su juventud se ha renovado de la envejecida senectud de la caída humana (Salmo VI, 8). Pues somos renovados por la regeneración del lavacro; somos renovados por la efusión del Espíritu Santo; seremos

también renovados por la resurrección, como dice en lo posterior: "Se renovará como el águila tu juventud" (Salmo CII, 5). Cómo somos renovados, escucha: "Rociame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré más blanco que la nieve" (Salmo L, 9). Y en Isaías dice: "Si vuestros pecados fueran como la grana, como la nieve los emblanqueceré" (Isaías I, 18). Correctamente se renueva quien de las tinieblas de los pecados se transforma en la luz de las virtudes y la gracia: para que quien antes se ensuciaba con la inmundicia repugnante, resplandezca con un fulgor más blanco que la nieve.

CAPÍTULO X.

Por los beneficios anteriores, David promete a Dios confesarle con la cítara: con ocasión de lo cual se explica qué afinidad tiene la cítara con nuestro cuerpo, y qué sonido le conviene.

36. Te confesaré con la cítara, Dios mío (Salmo XLII, 4). Nuestra alma tiene su cítara. Pues no diría Pablo: "Oraré con el espíritu, oraré también con la mente: cantaré con el espíritu, cantaré también con la mente" (I Cor. XIV, 15), si no tuviera una cítara que resonara con el plectro del Espíritu Santo. Nuestra carne es una cítara, cuando muere al pecado, para vivir a Dios: es una cítara, cuando recibe el Espíritu septiforme en el sacramento del bautismo. Pues la tortuga, mientras vive, se sumerge en el lodo: cuando ha muerto, su caparazón se adapta para el uso del canto, y la gracia de la disciplina piadosa; para que hable con los números modulantes las diferencias de las siete voces. De manera similar, nuestra carne, si vive en las seducciones corporales, vive en un cierto lodo y abismo de placeres. Si muere a la lujuria y a la incontinenia, entonces retoma la verdadera vida, entonces comienza a emitir la dulce melodía de las buenas obras. Dulce es el sonido de la castidad: dulce es el sonido de los que temen a Dios: finalmente, "por toda la tierra salió su sonido" (Salmo XVIII, 5); dulce es el sonido de la fe que se anuncia, como está escrito (Rom. I, 8), en todo el mundo. Que este sonido salga de nosotros hacia Dios, como también salió de los tesalonicenses (I Tes. I, 8); para que incluso sin cantar, cantemos, y con el concierto de buenas obras proclamemos al Señor, a quien es el honor, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO TERCERO. SOBRE LA INTERPELACIÓN DE JOB.

CAPÍTULO PRIMERO.

Muchos, incluso prudentes, se conmueven al ver a los injustos prosperar aquí, mientras los justos son afligidos, que es la materia de los libros siguientes: por la misma razón, los amigos de Job, ignorantes del consejo divino, sostuvieron que él sufría penas por crímenes cometidos.

1. Nuestra discusión anterior fue sobre la interpelación de los santos, que la condición humana es frágil e inestable, que no tiene firmeza en sí misma, sino en la protección celestial: hoy debemos abordar aquello que conmueve mucho al vulgo, incluso a muchos prudentes; cuando ven a los injustos prosperar en cosas favorables, mientras los justos frecuentemente son afligidos en este mundo. Y verdaderamente es un lugar resbaladizo, en el que incluso los santos apenas pudieron mantener el paso de la verdadera opinión. Finalmente, también se turbó David, quien en lo anterior había dicho: "Me manifestaste los secretos de tu sabiduría" (Salmo L, 8). Sin embargo, después se reafirmó a sí mismo, e investigó el camino de la razón perfecta. También el santo Job, con aquellos tres antiguos amigos que vinieron a consolarlo, luchó en palabras sobre esa opinión (Job IV y ss.). Por tanto, presentemos las disputas de

ambos. Pues son dignos de traernos enseñanza de vida; ya que, puestos en adversidades, merecieron agradar más a Dios. Escuchemos, pues, a ambos en su orden.

2. Reprendieron vehementemente al santo Job Elifaz, rey de los temanitas, y Baldad, tirano de los suquitas, y Zofar, rey de los mineos, porque sostenía tanto castigo por sus pecados. Pues con un ingenio débil no advertían que el Señor lo había dado para ser tentado; para que, como atleta de Cristo, instruido en tentaciones, llegara a la corona con mayor gloria. No viendo, pues, tan gran misterio de sabiduría; con el temor de un corazón estrecho, para no parecer acusar de injusticia a Dios, que permitía que un inocente sufriera penas, dirigían los méritos de las penas hacia el santo Job; diciendo que toda la vida del impío está en ansiedad (Job XV, 20), y que las riquezas injustamente acumuladas serán vomitadas (Job XX, 15); que todo lo que sufre el hombre gravemente en la tierra, lo sufre por sus pecados: que incluso si está en cosas prósperas, no puede perpetuarse en lo favorable, y como un sueño pronto se desvanecerá, y no se encontrará su lugar; que la alegría de los impíos es una caída más grave (Ibid. 5); y por eso también el santo Job, cambiado de próspero a adverso, había caído de lo más alto a lo más bajo por el precio de sus delitos: que quien se afirmara inocente, se deslizaba; ya que la porción del impío es tal, que la indignación del Señor que viene sobre él le une dolores, y la destrucción envuelve su casa (Ibid. 28 y 29).

CAPÍTULO II.

Job, enfermo, se mostró más fuerte que sus amigos sanos e incluso más fuerte que él mismo. ¿Cómo reprendió a sus detractores? donde especialmente se nos propone imitar su silencio, así como el de David y el del Apóstol.

3. Escuchaba estas cosas el santo Job, y como un atleta fuerte sentado en el estiércol, en tantas contusiones y severos dolores de sus heridas, todo su cuerpo cubierto de llagas terribles, hablaba misterios, y no se ocupaba de buscar remedios para su propia enfermedad, sino que se dedicaba a los sagrados discursos. Por tanto, las palabras del hombre enfermo eran más fuertes que las de aquellos que no estaban enfermos. Pues ellos hablaban injusticias, pero no según el conocimiento: predicaban los juicios divinos, las penas de los culpables, las recompensas de los santos; pero no sabían discernir al culpable del justo: finalmente, a quien el Señor Dios pronunció justo, lo condenaban de injusticia, lo acusaban de iniquidad. Ignoraban, pues, lo que convenía a cada uno. Pero el santo Job discernía con el espíritu cómo debía hablar a cada uno; por tanto, era más fuerte que aquellos que parecían sanos e íntegros. ¿Y qué digo que fue encontrado más fuerte que los demás? Fue encontrado más fuerte que él mismo. Pues Job enfermo era más fuerte que cuando estaba sano, según lo que está escrito, que "la virtud se perfecciona en la debilidad" (II Cor. XII, 9). Por tanto, también Job, cuando se debilitaba, entonces era más fuerte. Pues no enfermaba de ánimo, aunque doliera de cuerpo: porque su alma no estaba en la carne, cuyas pasiones no adhería; sino en el espíritu, con cuya virtud se cubría.

4. Por eso, pues, no gemidos de la carne e infirmitudes del cuerpo, sino voces del espíritu hablaba con las que urgía, no con las que cedía. Y primero, en efecto, más suavemente, para infundirles vergüenza; porque urgían injustamente al justo diciendo que sufría penas menores que sus pecados, y no se avergonzaban ellos mismos pecadores de acusar falsamente al inocente. Sea, dice (Job XIX, 4 y ss.), que yo haya errado, y habite en mí aquel desviado que infunde errores en las mentes de los hombres; para que hable palabras que no debo, como vosotros decís, y mis palabras erren, y mi discurso no se pronuncie oportunamente: ¿por qué os lanzáis contra mí y me insultáis, no considerando que esta tentación me viene del Señor, quien me ha considerado digno de ser cercado por un cierto muro de perturbaciones? Soy

ejercitado por adversidades, rodeado por todas partes de trabajos y peligros; y aún insultáis, queriendo oprimir a quien deberíais ayudar. He aquí que me río en los oprobios, y no hablaré, ni responderé a vuestras injurias. Pues no sois vosotros quienes juzgáis: sino quien me juzga, es el Señor; y sin embargo, el tiempo de su juicio aún no ha llegado. ¿Qué necesidad hay de clamar antes del juicio? Es bueno callar mientras se espera al que juzga. Es bueno no devolver injuria por injuria, para que no seamos contados entre los detractores.

5. Imitemos, pues, a este hombre, que con su silencio reprendía a los que le injuriaban. Pues mostraba la virtud de su ánimo, que no se movía por las injurias: y manifestaba la inocencia de su conciencia, que no reconocía las acusaciones, sino que las reía como ajenas a él. Pero nosotros, como si algo se nos imputara, mientras queremos purgarnos, agravamos: mientras deseamos vengarnos, confesamos; cuando la Escritura dice que apartes el discurso de deshonra (Prov. XXVII, 11), y quites tu vestidura (Ibid. 13); pues el injurioso pasa. Callemos, pues, para que pase, no sea que el provocador quemee nuestra vestidura. Pues está escrito: "No enciendas los carbones del pecador, no sea que te quemes en el fuego de su llama" (Eclo. VIII, 13). Por eso, pues, el santo calla; y si el siervo es insolente, y si el pobre injuria, el justo calla: y si el pecador lanza oprobios, el justo ríe: y si el enfermo maldice, el justo bendice.

6. Callaba David cuando Semei, hijo de Gera, le maldecía, Job reía, Pablo bendecía, como él mismo dice: "Nos maldicen, y bendecimos" (I Cor. IV, 2). Pues con la enseñanza divina, el progreso de la virtud humana creció; porque ya había venido quien de los más débiles hacía más fuertes, y había oído decir: "Benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian" (Luc. VI, 28). Lo que dijo con palabras, lo probó con el ejemplo. Finalmente, incluso puesto en la cruz, de sus perseguidores que le injuriaban decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. XXIII, 34); para que orara por los que le calumniaban, a quienes él mismo podía perdonar. Job, pues, reía, porque aún no había venido Cristo, a quien solo se reservaba la prerrogativa de las grandes virtudes; porque él es el principio de las virtudes, como dijo: "El Señor me creó principio de sus caminos" (Prov. VIII, 22).

CAPÍTULO III.

Job es declarado vencedor en la contienda de palabras, en la que casi no hay otra más difícil. Qué hermoso es reír y callar ante las acusaciones; y cómo después de una respuesta más suave, repelió con palabras más fuertes a los calumniadores más importunos.

7. Y riendo callaba. Enseña por qué razón se debe callar: "Clamaré, y aún no hay juicio" (Job XIX, 7 y 8). Él, dice, quiso que yo sufriera estas cosas. Como cercado por murallas de tentaciones, no puedo huir, hasta que plazca a Dios destruir las alturas de mis tentaciones. Pues ahora si clamo, aún no hay juicio. Aún estoy en la lucha, aún lucho, aún me queda el combate, pues aún no ha salido la corona. Nadie, sin embargo, es coronado si no ha competido legítimamente.

8. Se le debía el tercer combate: había perdido todo lo suyo, es decir, el patrimonio con los hijos: sufría heridas su carne: quedaba para vencer las tentaciones de las palabras. No es un combate menor. Adán fue engañado por la palabra, Sansón vencido por la palabra. Nada penetra tanto el alma como la palabra engañosa: nada, de nuevo, muerde tanto como la palabra más dura. Muchos, cuando han vencido con tormentos aplicados, no han soportado la dureza de las palabras. Job sufría, pero soportaba, y llevaba las cargas de las palabras junto con las de las heridas. Lo vio su árbitro, desde la nube y el torbellino le dio la mano al que luchaba, y pronunció que los contendientes habían caído con grave caída, lo declaró vencedor, le otorgó la corona.

9. ¿Y qué más hermoso que reír cuando se nos injuria? Pues debemos alegrarnos si se dicen cosas ajenas. Primero, porque el enemigo queriendo decir algo contra nosotros, para afligirnos con un crimen, no encontró lo que es verdad, sino que compuso falsedades por verdades. Luego, porque el mismo Señor dijo en el Evangelio sobre tal crimiación que se imputara falsamente a los inocentes por causa de la justicia: "Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo" (Mateo V, 12). Por tanto, debe callar quien reconoce lo imputado; no sea que exacerbe la herida, y se rompa la cicatriz: debe callar también quien no lo reconoce; pues escucha el crimen de otro, no el suyo: que si lo devuelve, lo hace suyo: si calla, lo devuelve, y hiere al que injuria. Debe callar también aquel que presume de la mencionada recompensa. Pues no sufre perjuicio, quien no tiene juicio. Y si hay perjuicio en el mundo, no lo habrá en el juicio de Dios. Finalmente, para que conozcas que la injuria no prejuzga a la buena conciencia, escucha al santo Job diciendo, testigo más rico que si hubiera poseído el imperio del orbe romano: "Ahora callaré y dejaré: si ahora hay perjuicio para mí, entonces no me esconderé de tu rostro" (Job XIII, 19 y 20).

10. Estas cosas, pues, respondió más moderadamente al principio, para advertirles del juicio de Dios, y como buen médico, hacerles recapacitar, apartándolos de la insolencia y la furia. Pero después que los vio perseverar en las injurias, repitió más fuerte y, como si los golpeara con un puño más fuerte, a aquellos que con las piedras de sus palabras lapidaban al inocente. Escuchad, dice, escuchad mis palabras, no busquéis de mí consuelo: soportadme, porque hablaré cosas más fuertes: será grave el peso de mis palabras (Job XXI, 1 y ss.). Diré también yo según vuestra opinión; ya que muchos abundan en este mundo en éxitos de cosas favorables, y otros son gravados. Están puestos en aflicción, y parece que esto se les da según el mérito de los pecados. Que aunque lo diga, no os riáis como si os hubiera dado la razón; y si soy pecador, no soy reo ante el hombre, porque bajo el pecado está también el que juzga, y se atribuye potestad sobre mí. O si soy juzgado como hombre, esto es común, no debo ser increpado: es la debilidad de la condición, no una especial maldad.

CAPÍTULO IV.

Job refuta a sus amigos que afirman que siempre los males ocurren por causa de los delitos, preguntando por qué los impíos en esta vida abundan en bienes; los cuales, sin embargo, se muestran como verdaderos males. Allí mismo, quién debe ser considerado verdaderamente feliz: luego, quién siembra bien o mal: luego, cuál es la posteridad de los injustos; y con qué distinción estos están libres de flagelos, mientras los justos se dicen sujetos a ellos. Finalmente, se demuestra que los impíos no poseen la eternidad, sino su falsa imagen.

11. Pero decidme: Si sufro esto por mi pecado, como decís, ¿por qué viven los impíos? No solo viven, sino que también están llenos de riquezas y multiplican sus frutos; incluso disfrutan de hijos, y sus casas abundan. Esto parece evidentemente bueno, pero en un misterio más profundo encontrarás que lo que se considera bueno no lo es, y lo que se considera malo es más valioso. 12. Se han envejecido, dice, en riquezas; *πεπαλαίονται*, dijo; para que no se signifique tanto la posesión duradera de riquezas, como la molestia envejecida de las riquezas; como vio el Eclesiastés que las riquezas se guardan para mal del que las posee, que perecen en la máxima restricción y ansiedad (Ecl. V, 12). Pues perecen las que aquí se dejan, y no pueden beneficiar al muerto. Así que el difunto tuvo de ellas preocupación, no pudo encontrar descanso, dejó lo que le avergonzaba, y no se llevó consigo lo que podía retener, muy diferente de aquel de quien está escrito: Bienaventurado el hombre que llenó su deseo de estas cosas; no se avergonzará cuando hable con sus enemigos en la

puerta (Sal. CXXVI, 5). Aquel cuya herencia es el Señor, y su recompensa del parto de la Virgen María: este en la salida es alabado por la sabiduría, porque no tuvo de qué avergonzarse, quien no codició nada de lo que es del mundo; sino que, despojándose de las vestiduras del hombre viejo, hirió al adversario con el arma de la continencia; para que no pudiera alborotarle al final de esta vida, cojo por la herida, y confundido por la admiración de las virtudes. Tienes, por tanto, que no es loable quien se ha envejecido en la codicia del dinero, no renovado en la percepción de la gracia.

13. Veamos otra cosa: Su semilla, dice, según el alma (Job XXI, 8), es decir, no se cuentan entre los justos. Pues los justos siembran en el espíritu, y del espíritu cosecharán vida eterna; pero aquellos que siembran según el alma, no pueden cosechar cosas espirituales; porque el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios: para él son necedad, y no puede conocer las cosas del espíritu; y por eso no se llena de cosas espirituales, sino que es juzgado.

14. Sus hijos a la vista (Ibid.), es decir, lo que hacen lo hacen para ser vistos por los hombres, no porque consulten el bien para elegir lo que será aprobado en el juicio futuro. Por tanto, la Escritura frecuentemente declara a los hijos por las obras, porque nuestra posteridad es más rica en buenas obras que en hijos. De ahí que Ezequías, liberado de una grave enfermedad, diga: Desde hoy, haré hijos que anunciarán tu justicia, Señor Dios de mi salvación, y no cesaré de bendecirte con el salterio todos los días de mi vida (Isa. XXXVIII, 19 y 20). Pues buena es la posteridad de devoción y fe, que no supo sucumbir a la cautividad, la cual los hijos de Ezequías soportaron.

658 15. Y añadió diciendo: Porque no hay temor en ellos, no hay castigo del Señor (Job XXI, 9). Pero el justo dice: Porque he sido castigado todo el día (Sal. LXXII, 14); y desea ser castigado, para ser recibido por el Señor: y quiere temer al Señor; porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Ni considera bienaventuranza si su vaca no aborta (Job XXI, 10). Como piensan los necios. Pues ¿qué significa el buey sino el trabajo de la cultura rural, que siempre vuelve en círculo, y nunca cesa, sino que cuando parece completarse, se revoca al principio? Estos son los que cultivan Sodoma y Gomorra. Por tanto, los que cultivan Egipto, y con el arado de una mente sólida invierten los terrones de la tierra, se procuran trabajo y cosechan dolores. Por eso su vaca no aborta; sino que pare, para que aumente su trabajo y todo lo que han concebido, lo engendran sin temor de Dios. Pero los justos se glorían de manera muy diferente. No se glorían en la abundancia de riquezas, ni en el parto de los ganados; sino en el Señor, diciendo: De tu temor hemos concebido en el vientre, y hemos dado a luz el espíritu de salvación (Isa. XXVI, 18). De los justos, por tanto, se dice; porque han engendrado el espíritu de salvación, que han recibido del temor de Dios, no de la malicia de este siglo, de la cual leemos: He aquí que ha concebido injusticia, ha concebido trabajo, y ha dado a luz iniquidad (Sal. VII, 15). Mejor es, por tanto, el aborto que el parto de los seculares. Finalmente, del hombre que vino a este siglo, y soportó la vanidad de este mundo y las tinieblas con larga longevidad, el Eclesiastés pronunció que mejor es el abortivo que él (Ecl. VI, 3). Pues a este le corresponde más descanso que a aquel; porque no experimentó la variedad del siglo, en la cual, aunque alguien viviera mil años, no podría ver lo que es bueno. Huir de estas cosas es más de gracia que someterse a ellas.

16. Pero tal vez te inquiete lo que añadió: Porque permanecen como ovejas eternas; pero sus hijos juegan tomando el salterio y la cítara, y se deleitan con la voz del salmo. Sin embargo, han terminado su vida en bienes, y en el descanso del infierno han dormido (Job XXI, 11 y ss.). Distingue estas cosas, y porque eres espiritual, juzga. Los impíos son como eternos, no eternos; porque no pueden recibir la eternidad de aquel que no es eterno. Por tanto, no puede

dar lo que no tiene, ni puede iluminar quien no posee la luz: sino que se transfigura en ángel de luz, para engañar a los incrédulos. Se transfigura, sin embargo, con la simulación de una falsa luz, no con el esplendor de una claridad perpetua. Por eso el Salvador dice: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). No es un rayo, sino como un rayo. Considera a algún hereje atento a la abstinencia del cuerpo, y al conocimiento de los sacramentos celestiales, como si fuera eterno, no tiene el premio de la vida eterna; porque tiene una falsa imitación, quien no tiene la verdad de la fe. Sus pequeños juegan, como aquella que cuando ha sido lujuriosa, quiere casarse. Ha sido lujuriosa en el salterio y la cítara, es decir, en el sonido de la voz, no en la profundidad de los sacramentos; para que resonara en los labios, no se transfiriera al corazón.

659 CAPÍTULO V.

Los impíos terminan su vida en los bienes del siglo, pero luego carecen del descanso celestial: lo contrario es lo que debemos desear; porque en la prosperidad hay una tentación de vicios y una presunción de impunidad. Este desvarío lo refuta el santo varón declarando que está preparado un castigo tanto presente como eterno. Luego, enumerando sus crímenes, muestra que no pueden estar ocultos a Dios: describe cuál es la porción de ellos; y nos exhorta a seguir la sabiduría que ellos han abandonado.

17. Así pues, estos han terminado su vida en los bienes del siglo (Job XXI, 13), esta que vivían, no aquella cuya recompensa esperaban; y por eso han dormido en el descanso del infierno, no en el descanso celestial. Pero nosotros oremos para aquí más bien soportar el trabajo, para que en el reino de los cielos merezcamos obtener la consolación del descanso eterno. Pues la abundancia de cosas secundarias es una gran tentación para delinquir: eleva a la soberbia, infunde el olvido del autor. Considera a aquel rico en el Evangelio (Luc. XVI, 19 y ss.) recostado sobre púrpura y lino fino, de cuya mesa el justo pobre Lázaro recogía las migajas. ¿No te parece que ese rico dice a Dios: Apártate de mí: no quiero conocer tus caminos (Job XXI, 14)? Y verdaderamente no quieren conocer tales caminos del Señor; si quisieran, los conocerían. Pero porque están llenos de trabajo, son evitados y declinados por los perdidos. Como un ebrio, por tanto, no reconoce al autor de la salvación (Isa. XXII, 13). Finalmente, vuelto hacia sus compañeros de bebida, dice: Comamos y bebamos: ¿qué provecho hay si le servimos? ¿O qué utilidad hay si le observamos (Job XXI, 15)? Esto, por tanto, dice la abundancia de cosas mundanas el ebrio; porque no inmediatamente en el siglo se retribuyen los méritos de los crímenes. Se recostaba, pues, porque tenía todo a su disposición para el placer: y consciente de su impiedad cuya pena se retrasaba, pensaba que Dios no veía los crímenes de los impíos.

18. A esta opinión suya respondió el santo Job: no seas seguro y disoluto pensando que a ti en este mismo siglo no vendrán los castigos del Señor. Sin embargo, también la lámpara de los impíos se apaga (Job XXI, 17 y ss.): brilla por un tiempo, no tiene luz eterna; y aunque el siglo les favorezca, porque hacen la voluntad de aquel que tiene el principado en este siglo, suele venir la conversión de las cosas, y los dolores de la ira e indignación celestial, para que sean aventados, como la paja por el viento. Los injustos son aventados como paja, los justos como trigo. Finalmente, escucha al Señor diciendo a Pedro: He aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo: pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte (Luc. XXII, 31 y 32). Fallan aquellos que son aventados como paja: no falla quien es semejante a aquel grano, que cayó y resucitó, acumulado con la adición de muchos frutos. Por eso dice el Profeta: ¡Ay de mí porque he sido hecho como quien recoge la paja en la cosecha (Miqueas VII, 1)! Por tanto, la impiedad se compara a la paja que pronto se quema, y al polvo. Por eso, después de haber dicho: Serán como paja por el viento, añadió inmediatamente el versículo

diciendo: O como polvo que el viento ha llevado (Job XXI, 18). Finalmente, para que conozcas que el impío como polvo pronto se desmorona y desvanece, tienes dicho en el primer salmo: No así los impíos, no así, es decir, no como los justos: sino como polvo que el viento arroja de la faz de la tierra.

19. Y hace una distinción entre el justo y el impío. Este, dice, muere en la potencia de su simplicidad, todo en abundancia y gracia: sus entrañas están llenas de grosura: su médula rebosa. Pero aquel consume en la amargura de su alma el curso de esta vida, y sin haber disfrutado de nada bueno, llega al fin (Job XXI, 23 y ss.). ¿Qué puede serle representado digno por sus méritos? Es llevado a los sepulcros, y vigila en su tumba. Ni siquiera esta es una pena menor; no tener descanso de la muerte, no ser llevado a la tierra de los vivientes, sino a los sepulcros de los muertos. Pues quien vive no se busca entre los muertos, sino que en el seno de Abraham disfruta de la vida eterna. Por eso aquellos dos hombres en vestidura resplandeciente decían a las mujeres: ¿Por qué buscáis al viviente entre los muertos? No está aquí (Luc. XXIV, 6).

20. Luego (Job XXIV, 2 y ss.) enumera los crímenes de los impíos, que traspasaron los confines, y con el pastor saquearon el rebaño, llevaron el asno del huérfano, empeñaron el buey de la viuda, segaron el campo que no era suyo, y los débiles trabajaron en sus viñas sin salario ni comida, despojados de sus vestiduras hicieron dormir desnudos. Muchos, a quienes quitaron el abrigo de sus almas, se humedecían con las lluvias de los montes; y porque les faltaba abrigo, se cubrían con la roca. Los huérfanos eran arrebatados de los pechos de sus madres, los caídos eran oprimidos, quienes más bien debieron ser levantados. Los hambrientos eran defraudados de alimento, y el alma de los pequeños gemía gravemente.

21. ¿Acaso pudo ignorar esto, a quien nada se le escapa? El infierno está desnudo ante su vista, y no hay cobertura para los más malvados (Job XXVI, 6 y ss.); porque no pueden ocultarse. Extiende el norte sobre el vacío: cuelga la tierra sobre la nada, atando el agua en sus nubes, y no se rompe la nube bajo sus pies: las columnas del cielo se dislocaron, y temieron por su reprensión. Con su poder contuvo el mar, y con su disciplina formó al cetáceo del mar. Las puertas del cielo le temen: con su mandato mató al dragón transgresor. ¿Quién entiende el poder de su trueno? En tantos crímenes, ¿qué esperanza hay para el impío? ¿Acaso si confía en el Señor será salvado? Diré, dice, lo que está en la mano del Señor; y dejad de añadir vanidades a las vanidades (Job XXVII, 8 y 11).

22. Y describe cuán miserable es la porción de los impíos. Que aunque tengan muchos hijos, están sin posteridad, a quienes les falta la sucesión de buenos méritos (Ibid. 14 y ss.). Pues esa es la verdadera posteridad, que no está en la tierra, sino en el cielo. Para tales hombres, la herencia es la pobreza, y la muerte la sucesión. Cuando hayan acumulado riquezas, mendigarán; porque cuando mueran, estarán necesitados, quienes no pueden encontrar descanso. Nadie tendrá misericordia de sus viudas: sino que permanecerán desiertos, y desprovistos del consuelo de toda compañía. Aunque se acumule dinero como tierra, y el oro esté preparado como barro, su sustancia será vana como la tela de araña, y todo el patrimonio de su nombre será consumido como por polillas. El rico durmiendo no añadirá nada, abrió sus ojos, y ya no está (Job XXVIII, 1 y ss.). Permanece en dolores. Por tanto, nada son todas las cosas que están en este mundo. El oro en las minas, la plata en las minas: se extrae de la mina, y a la mina vuelve. Pues ¿qué otra cosa es la mente del avaro sino una mina? Que retiene como enterrado todo lo que ha recibido, y lo esconde en las venas de la tierra y en escondites; porque no sabe usarlo. Cada día se extrae oro de las minas: ¿quién ha podido extraerlo del avaro?

23. Como, por tanto, no aprovecha nada el vano hambre de oro, porque todo lo que ha acumulado, se desliza: ciertamente son dignos de lástima quienes han abandonado el camino justo, y han olvidado 662 el camino, al cual no se pueden comparar las piedras preciosas, difícil de investigar, inaccesible a los soberbios, cerrada a los jactanciosos: llana para los humildes, abierta para los sabios. Y por eso debemos buscar la sabiduría, para que caminemos en el camino justo, por el cual aquel adversario como león rugiente y devorador, que recorrió este mundo, no pudo pasar. Pero quien quiera investigar la sabiduría, no la busque en el abismo (como los filósofos, que piensan que por sí mismos, con su ingenio, pueden conocer sus profundidades), no la busque en el mar. Pues donde hay tempestad, donde hay tormenta de viento, no puede estar allí la sabiduría. Sino que la busque donde hay tranquilidad de mente, y la paz que sobrepasa todo entendimiento.

LIBRO CUARTO. SOBRE LA INTERCESIÓN DE DAVID.

661 CAPÍTULO PRIMERO.

David frecuentemente ha disertado sobre la vanidad del siglo en los salmos, pero especialmente en el LXXII, donde indica que al principio se sintió gravemente perturbado por las prosperidades de los impíos y las calamidades de los justos, pero luego se corrigió. ¿Quién debe considerarse autor de este salmo, David o Asaf?

1. Se ha recorrido la intercesión del santo Job: ahora abordemos la intercesión que encontramos en los salmos. David mismo, en efecto, en muchos lugares no ha callado sobre la vanidad del siglo, y ha afirmado frecuentemente que son vanas las cosas que se consideran buenas de este mundo, y especialmente en el salmo treinta y ocho, donde dice: Sin embargo, toda vanidad, todo hombre viviente (Sal. XXXVIII, 6); y aunque el hombre camine a imagen de Dios, sin embargo, se turbará en vano, atesora, y no sabe para quién los acumula. Y en otro lugar: ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores (Sal. XCIII, 3)? Que aquí tienen una gloria sombría, donde han salido del siglo, no pueden encontrar el fruto de la consolación. Sin embargo, él mismo insertó el salmo setenta y dos, en el cual él mismo bajo el nombre de Asaf protesta que fue el principio de su caída; que no fue afectado por un dolor menor, cuando vio a los pecadores en este mundo afluir en riquezas, abundar en cosas prósperas: pero él, que había justificado su corazón, estaba en aflicciones y miserias: y no había recibido una ofensa menor al principio; pero después, corregido por los castigos del Señor, e iluminado por la gracia del conocimiento divino, aprendió la verdadera serie de la tradición.

2. Sin embargo, en ninguna parte encuentro que el santo Asaf haya sido afligido por adversidades; pero ciertamente el santo David soportó muchas cosas graves y llenas de peligros, pues habla de sus propios trabajos. Por lo tanto, el salmo no se titula como del santo Asaf, sino como para el santo Asaf, como enseña el título, lo cual se manifiesta más claramente en el Salterio griego, para que parezca que David también a este Asaf, como a otros, le dio el salmo que él mismo había escrito para ser cantado. Pero porque está escrito en el mismo título, que los salmos de David han terminado, ¿cómo han terminado, cuando después de estos diez salmos, el salmo de David comprende la inscripción de los títulos hasta el último fin? Por eso, dejando de lado esta definición, consideremos cuál es la serie del salmo, y desde el primer versículo de la intercesión profética tomemos el comienzo.

CAPÍTULO II.

Desde el mismo comienzo del salmo se percibe la corrección de David: Dios siempre es bueno con los justos, porque si son afligidos por adversidades, se recrean con la esperanza de la futura recompensa, y siempre consideran que sufren menos de lo que merecen por sus pecados, y no pueden ser despojados de su sabiduría por ningún castigo: sin embargo, Dios también es bueno con los impíos, pero ellos no quieren experimentar la bondad que está preparada para todos.

3. ¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón (Sal. LXXII, 1)! Se manifiesta al inicio de la corrección el progreso. Pues nadie puede verdaderamente afirmar que Dios es bueno, sino aquel que reconoce su bondad no por los éxitos de sus propios beneficios, sino por la profundidad de los misterios celestiales y la altura de la disposición divina: la cual no debe ser medida por la apariencia de lo presente, sino por la utilidad de lo futuro. Por tanto, Dios es siempre bueno para con el justo: y cuando es atormentado por dolores corporales, y cuando es afligido por la amargura de los castigos, siempre dice: Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos lo malo (Job II, 10)? Se alegra de ser quebrantado aquí, para poder encontrar consuelo en el futuro; sabiendo que quien ha recibido bienes en esta vida, tiene su recompensa; no podrá esperar premios futuros quien no ha luchado, quien no ha sido ejercitado en la contienda de diversos combates. Pero aquel que es afligido, ya sea justa o injustamente en este mundo, se alegra de que con esto paga el precio de sus delitos, o porque sabe que es mayor la gracia ante Dios si sufre alguna amargura injustamente por su nombre, o por alguna buena obra, según está escrito: Porque no hay gloria si pecando sois castigados y lo soportáis, pero si haciendo el bien y sufriendo: esto es gracia ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, porque también Cristo murió por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas, quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca: quien cuando era maldecido, no respondía con maldición: cuando padecía, no amenazaba (I Pet. II, 21 y ss.). Por tanto, el justo, incluso si está en el potro, siempre es justo; porque justifica a Dios, y dice que sufre menos de lo que merecen sus pecados: siempre es sabio; pues la verdadera y perfecta sabiduría no se quita con los tormentos del potro: no pierde lo que es; porque excluye el temor con el empeño y propósito de la caridad: sabe decir como sabio, que son indignos los sufrimientos de este cuerpo en comparación con la recompensa de la futura gloria; y todas las pasiones de este tiempo no pueden igualar la recompensa venidera. Por tanto, Dios es siempre bueno para con aquel que sabe en qué tiempo cosechar. Y por eso, como buen agricultor, aquí ara su campo con un arado de mayor abstinencia: aquí desarraiga con una hoz de virtudes que corta los vicios: aquí abona humillándose hasta la tierra, sabiendo que Dios levanta al pobre del polvo, y alza al necesitado del estiércol. Finalmente, el apóstol Pablo, si no se hubiera considerado estiércol, nunca habría podido adquirir a Cristo para sí. Aquí guarda sus frutos, para que allí los deposite con más seguridad. Por tanto, Dios es siempre bueno para con él, porque siempre espera de Dios lo que es bueno.

4. Recibe otra cosa: ¡Cuán bueno, dice, es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! ¿No es entonces Dios bueno para con todos? Él ciertamente es bueno para con todos, porque es el Salvador de todos, especialmente de los fieles; y por eso vino el Señor Jesús, para salvar lo que se había perdido: vino para quitar el pecado del mundo, para curar nuestras heridas. Pero como no todos buscan la medicina, sino que muchos la rehúyen, para que no se descubra la gravedad de la llaga con los medicamentos, por eso cura a los que quieren, no obliga a los que no quieren. Reciben, pues, la salud quienes buscan la medicina: pero aquellos que rechazan al médico y no lo buscan, no pueden sentir la bondad del médico que no experimentan. Pero quien es curado, también es sanado; por eso el médico es bueno para aquellos a quienes ha sanado. Por tanto, Dios es bueno para con aquellos a quienes ha

perdonado los pecados: pero quien tiene un pecado incurable por la llaga de su mente, ¿cómo puede considerar bueno al médico, a quien rehúye? Por tanto, el apóstol, como hemos dicho antes, explicó bien que Dios es bueno para con todos, quien quiere que todos los hombres se salven (I Tim. II, 4); y especialmente para con los fieles se reserva la prerrogativa de la bondad divina, a quienes tanto la voluntad de Dios como la gracia les ayudan. Pero también el salmista al decir: ¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! lo refirió al juicio de aquellos que no saben pensar de Dios de otra manera, sino que es bueno en todo y para con todos.

CAPÍTULO III.

Confesar que el Profeta casi no cayó, mientras envidiaba la paz de los pecadores; que hay una paz doble, pero que debe evitarse la que tiene tropiezo; que no hay alivio en la muerte de los pecadores; que los azotes no sirven después de la muerte, como se demuestra con el ejemplo de Lázaro y el rico; cuánto sirven en la vida, lo muestran David y Job; finalmente, que serán azotados perpetuamente quienes no hayan sido azotados aquí.

5. Finalmente, en los versículos siguientes él mismo explica lo que sintió, diciendo: Mis pies casi se movieron, mis pasos casi resbalaron: porque envidié a los pecadores, viendo la paz de los pecadores (Sal. LXXII, 2 y 3). No llama pies del cuerpo a los pasos, sino la dirección de la mente y el paso, de lo cual en otro lugar dice: No venga a mí el pie de la soberbia, y la mano de los pecadores no me mueva (Sal. XXXV, 12). Por eso siempre se debe pedir que el Señor dirija las huellas de nuestras almas, para que no resbalen, y derramadas por un cierto desliz de error, no puedan mantener su estabilidad. La causa de la caída es que envidió la paz de los pecadores. Debemos envidiar lo que es bueno, no lo que está lleno de deshonra; como también expresó el apóstol Pablo diciendo: Es bueno emular en lo bueno siempre (Gál. IV, 18).

6. No te perturbe que haya puesto la paz en el mal. Finalmente, también en el Evangelio tienes que hay una paz que Cristo rechaza, como él mismo dice: Mi paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy (Juan XIV, 27). Hay una paz que no tiene tropiezo, hay otra que lo tiene: la que es de amor, no tiene tropiezo; la que es de simulación, lo tiene. Por eso también el Profeta dice: Paz, paz; y ¿dónde está la paz? (Ezequiel XII, 10). Rechacemos, pues, la paz de los pecadores; porque conspiran contra el inocente, se reúnen para oprimir al justo, exterminar a la viuda, o atacar su pudor.

7. Y por eso no hay reclinación en su muerte (Sal. LXXII): no declinación, como está escrito en muchos códices latinos, sino reclinación. Pues cuando trabajamos, y nos inclinamos hacia alguna obra, y nos inclinamos, solemos reclinarnos: pero los pecadores de delitos graves, y especialmente los impíos, no pueden reclinarse; de quienes se ha dicho: Y su espalda siempre encorvada (Sal. LXVIII, 14). Pues no se levantan hacia las cosas celestiales, quienes no se han adherido a Cristo. Y por eso tampoco resucitan con él, cuya muerte es pésima, como está escrito: La muerte de los pecadores es pésima (Sal. XXXIII, 22). Pero quien muere con Cristo, y es sepultado con él, no solo se reclina, sino que también resucita. A quien le conviene bien lo que se ha dicho: Has cambiado todo su lecho en su enfermedad (Sal. XL, 4); especialmente si es mártir, cuya debilidad se resuelve con la pasión, la muerte con la resurrección.

665. 8. Vimos a aquel rico que vestido de púrpura y lino fino en este mundo se recostaba, y banqueteara espléndidamente cada día, de cuya mesa el pobre Lázaro recogía lo que caía, cómo estando en tormentos, en el infierno no podía reclinarse; sino que apenas levantaba los

ojos hacia Abraham, rogando que enviara a Lázaro, para que mojara la punta de su dedo en agua, y refrescara su lengua (Lucas XVI, 19 y ss.). Por tanto, no había reclinación en su muerte, ni firmeza en su herida (Sal. LXXII, 4). Pues de nada sirven los azotes después de la muerte.

9. Y por eso David, mientras estaba en la vida de este cuerpo, se preparaba para los azotes, para que el Señor lo recibiera castigado. Considera de nuevo a mi santo Job, quien estaba cubierto de llagas, y era sacudido en todos sus miembros, y estaba lleno de dolores en todo su cuerpo, disolviendo los terrones de tierra de sus heridas con pus y humedad, cómo cuando estando en este cuerpo no podía reclinarse, encontró el descanso de la muerte; y por eso consciente de sí mismo dijo: La muerte es descanso para el hombre (Job III, 23). Él, pues, en su herida no se movió, ni vaciló con el desliz de su palabra, quien en todas esas cosas no pecó con sus labios, como testifica la Escritura (Job II, 10): sino que más bien encontró firmeza en su herida, por la cual fue confirmado en Cristo. Por tanto, tanto Job como David, porque fueron azotados aquí, tuvieron firmeza en su herida; porque el padre azota al hijo que recibe: pero quienes no son azotados aquí, no son recibidos allí como hijos. Y por eso no están en los trabajos de los hombres, y no serán azotados con los hombres (Sal. LXXII, 5 y 6); para que sean azotados perpetuamente con el diablo.

CAPÍTULO IV.

Los pecadores se visten de su propia iniquidad: ese vestido debe ser rechazado por nosotros, para que nos revistamos del vestido de las virtudes, y especialmente del ayuno; esto se lo puso José con provecho, Adán se lo quitó con grave daño; finalmente, la iniquidad de los judíos, como saliendo de la grasa, fue grande y deliberada.

10. Por eso los ha dominado, dice, su soberbia, están cubiertos de iniquidad e impiedad. La iniquidad es un mal vestido, que si alguien quiere mantener en nosotros, debemos dejarlo, para que no comience a venir a juicio con nosotros; y si alguien intenta quitar nuestra túnica espiritual que hemos recibido, deja el manto de la iniquidad, toma el manto de la fe y la paciencia, con el que David se cubría en el ayuno, para no perder las vestiduras de la virtud. El mismo ayuno es un manto. Finalmente, si la sobriedad del ayuno no hubiera cubierto al santo José, la insolencia de la adúltera lo habría despojado. Si Adán hubiera querido cubrirse con ese ayuno, no habría quedado desnudo. Pero porque del árbol del conocimiento del bien y del mal, contra el mandato celestial, gustó, y transgredió el ayuno ordenado con el alimento de la incontinencia, se dio cuenta de que estaba desnudo. Si hubiera ayunado, y guardado las vestiduras de la fe, no se habría visto a sí mismo descubierto. No nos vistamos, pues, de iniquidad e impiedad, para que de alguno de nosotros no se diga: Y se vistió de maldición (Sal. CVIII, 18). Mal se vistió también Adán, quien mientras buscaba vestiduras de hojas, recibió la sentencia de maldición.

11. Se vistieron de maldición los judíos, de quienes está escrito: Salió como de la grasa su iniquidad, pasaron a la disposición del corazón (Sal. LXXII, 7). De la grasa se dice adipsal, es decir, gordo. Pues así como el alma alimentada con bienes, y llena de virtudes, se llena como de grasa y gordura, como está escrito (Sal. LXII, 6): así la iniquidad que procede como de la grasa, no se significa delgada y extenuada, sino llena de vicios. Finalmente, no cayeron en el error por un cierto desliz fortuito: sino que pasaron al sacrilegio con consejo y disposición.

CAPÍTULO V.

Quienes ponen su boca en el cielo, son principalmente aquellos que atribuyen todo a la necesidad de las estrellas: sin embargo, a ellos se les reserva esta gracia de Dios, para que regresen con Israel; cuyo regreso se declara un misterio: los mismos niegan que Dios conozca los secretos, inducidos principalmente por las riquezas de los pecadores: finalmente, Simón el fariseo pensó lo mismo de Cristo.

12. Pusieron su boca en el cielo; y su lengua pasó sobre la tierra (Sal. LXXII, 9). Poner su boca en el cielo, ¿qué significa? Nos lo enseña aquel de los hermanos más joven, quien regresando al padre dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti (Lucas XV, 18). Ponen su boca en el cielo quienes creen que las autoridades de los crímenes les son conferidas por una cierta necesidad de la natividad. Estos no suelen perdonar ni al cielo ni a la tierra, para que crean que la vida del hombre es gobernada por el curso de las estrellas. No dejan nada a la providencia, nada a las buenas costumbres. Y ojalá también estos, como aquel uno de los dos jóvenes, hubieran regresado: el buen Señor no habría negado el remedio, y sin embargo, aunque ellos no quieran ser sanados, el Señor reserva la gracia del regreso; para que quienes en Israel fueron expulsados por la ceguera de su propio corazón, regresen por la plenitud de la Iglesia; y no lleven vacíos los días de esta vida, sino que los tengan llenos de buena obra y fe, cuando el Señor los haya llenado de gracia espiritual. ¿Cómo han de regresar? Escucha. Porque la ceguera, dice, en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25 y 26). Pero porque era necesario cumplir el misterio, para que Dios concluyera a todos en incredulidad (Ibid., 32), es decir, para que los redarguyera y convenciera (pues cuando dos contienden, si uno es superior, se dice: Concluyó al otro), y por eso por su misericordia para que el mundo se hiciera súbdito a Dios, el pueblo regresó en los herederos; pero fue llevado rápidamente al error, para que no creyera que Dios es concededor de los secretos. Pero el Señor les reservó la gracia de la futura salvación diciendo: Por eso regresará aquí mi pueblo (Sal. LXXII, 10). ¿Qué significa aquí? Es decir, a mí, a mi equidad y justicia, a mi culto.

13. Y llenará los días de su vida (Ibid.). Lo cual ciertamente lo entenderás así, para que el pueblo sea redimido, quien haya creído en él: en quien, aunque no sean redimidos, quienes no creyeron, sin embargo, se concede la prerrogativa del pueblo redimido de Dios.

14. Estos, pues, puestos en el error dijeron: ¿Cómo supo Dios; y si hay conocimiento en el Altísimo? (Ibid., 11). Pues piensan que no hay conocimiento en Dios; porque los pecadores abundan en prosperidades mundanas. Y aún los introduce hablando: He aquí, ellos son pecadores y abundantes en el mundo, han obtenido riquezas (Ibid., 12). Tienes esto más claramente expresado en el Evangelio, donde aquel Simón el fariseo viendo que aquella mujer pecadora vino a su casa, y derramó unguento sobre los pies de Cristo, decía dentro de sí: Este si fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca; porque es pecadora (Lucas VII, 39). Pero la paciencia de Dios no prejuzga la verdad, y su presciencia y providencia se prueban aún más por esto, que estando en pecado, abunda en éxitos de prosperidades mundanas. Lo cual viendo el fuerte se ríe, el incauto es llevado y movido.

CAPÍTULO VI.

El Profeta, cuando primero desanimó su ánimo, después corregido por la castidad, reconoció que todo sucede por disposición divina, pero que las riquezas no son premios de la virtud, ni la pobreza castigo del pecado.

15. Finalmente, el salmista dice que dijo: Entonces en vano he justificado mi corazón: y he lavado mis manos entre los inocentes (Sal. LXXII, 13). Esto es, veo que ellos abundan, veo

que todo les favorece, mientras yo soy quebrantado y agitado por muchas tentaciones. En vano, pues, me he entregado a la inocencia, y me he dedicado al estudio de una vida sobria. Y bien dice: He lavado mis manos entre los inocentes (Ibid., 14); para que no parezca que se atribuye la suma de la inocencia, sino que se muestra diligente en su estudio.

16. Mientras tanto, no sin castigo salió de él tal discurso. Pues recuerda que fue azotado todo el día; porque había dicho que en vano había justificado su corazón al Señor: pero después de los azotes, siguió inmediatamente la corrección de la opinión errónea. Inmediatamente, pues, mi vengador, dice, en las mañanas (Ibid.), es decir, en lo abierto y claro; pues la luz de la verdad, apoderándose de él, no le permitió sentir estas cosas que dijo. Por tanto, la luz de la verdad me reprendía y redarguía, oscurecida en mi ánimo, porque no había dicho correctamente: En vano he justificado mi corazón. Pues hablé esas cosas como estando en tinieblas, y al recordarlas mi corazón se compungía: pero con el corazón compungido, se iluminaba el afecto; para que se hiciera en mi corazón un fuego llameante, que hacía en mí el principio espiritual del día. Iluminado, pues, al amanecerme el día, y como puesto en muchas mañanas, entendía que había sido hecho fuera de la constitución de la generación de los hijos de Dios. Que cuando primero creí, porque el creador del mundo, providente de la generación humana, había hecho todo para nuestra utilidad, ya sea triste, o lo que poco deleita; después, turbado por opiniones erróneas, perdí tan buena sentencia.

17. Por tanto, confería con mi corazón, y me decía: Si lo contaré así, que en vano he justificado mi corazón, me ocurría la voz de Dios diciendo: He aquí la generación de tus hijos a quienes dispuse (Ibid., 15): es decir, he aquí en las Escrituras encuentras, oh tú Adán, que dispuse para la generación de tus hijos; porque las riquezas no se otorgan a los impíos por algún mérito, ni son premios de la virtud los emolumentos del tesoro: ni por el contrario la pobreza es castigo del pecado, sino que estas cosas vienen indiscriminadamente, que ahora se arrastran con un cierto flujo del río del mundo.

18. Y pensaba, y me parecía conocer que esto era verdad, que esto concordaba con la providencia divina y convenía; pero que en vano me había turbado en estas cosas, en las que no debía haberme aferrado (Ibid., 16).

CAPÍTULO VII.

Corregido el error, David reconoce que le queda este único trabajo, entrar en los secretos del conocimiento divino. Los santos, con el progreso de la edad, desean conocer su fin, ¿y cuál es? El primer verdadero conocimiento es este, en el que creemos que las prosperidades se conceden a los impíos solo para excluir sus excusas. Los mismos, mientras son elevados por los beneficios de Dios, son derribados y reducidos por completo a la nada.

19. Así pues, porque me parecía haber comprendido la verdadera opinión y haber alcanzado el conocimiento de la cosa misma, me decía a mí mismo: Este es el trabajo que tengo por delante, hasta que entre en el santuario de Dios y entienda al final (Ibid., 17). Es decir, solo me queda el trabajo de entrar en el santuario de Dios, donde está el Querubín, es decir, la profundidad del conocimiento, y no trabajar en opiniones inciertas y vanas; porque la narración del necio es como una carga en el camino. Por eso entremos en el santuario de los conocimientos sagrados y penetremos en los interiores recintos de la verdad, para que no haya trabajo en nosotros; porque la sabiduría nos aleja del sentido del trabajo. En definitiva, no hay trabajo en Jacob. La causa del trabajo es la ignorancia; porque quien no sabe que hay recompensas reservadas para los justos, no se alivia de los trabajos, sino que más bien se

curva y se rompe por el trabajo de su imprudencia. Entremos, pues, en el santuario de Dios, donde están los Querubines, en los cuales está el recuerdo del conocimiento sagrado y de aquella verdadera y eterna luz.

20. En aquel candelabro resplandece la imagen, por la cual podemos entender al final. Pues el santo al final conoce, y adquiere la sabiduría perfecta con el progreso de la edad diciendo: Hazme conocer, Señor, mi fin, y el número de mis días, para que sepa qué me falta (Salmo XXXVIII, 5). ¿Cuál es el fin, sino aquel, cuando se entrega el reino a Dios Padre, cuando se revelan los secretos de la sabiduría? Este fin de nuestra lucha buscaba el Profeta, deseando conocer qué le faltaba a su perfección; porque el fin de nuestra disciplina y la perfección de los estudios es.

21. Esta, pues, es la primera razón del verdadero conocimiento; porque suceden fortuitamente las cosas que están en el mundo: la segunda es aquella; porque por sus tergiversaciones les pusiste (Salmo LXXII, 18) éxitos abundantes de bienes mundanos, y abundancia de riquezas; para que no alegaran que por la pobreza y la amargura de algún dolor y luto habían sido menos devotos, y que el estudio del latrocinio y la rapiña los había impulsado por necesidad de indigencia. Pues no fueron enriquecidos con riquezas para la tranquilidad de la vida y el goce de la alegría, ni elevados con honores: sino para que se excluyera la queja, se acumuló la miseria.

22. Por tanto, son derribados mientras son elevados estos hombres (Ibid.). Pues no es gracia, sino ruina; donde ni se reserva el uso duradero del don, y se quita la excusa de delinquir. Porque, ¿qué queja más grave que aquella divina que tienes en el libro del profeta Miqueas: Pueblo mío, ¿qué te hice, o en qué te contristé, o qué te molesté; respóndeme? ¿No te saqué de la tierra de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre? (Miqueas VI, 3 y 4). He aquí cómo son derribados los impíos mientras son elevados, se excluye su queja, se agrava el castigo. Pues invitados por los beneficios celestiales no debieron abandonar al dador de la seguridad y prosperidad de la vida, a quien más debieron obedecer. Pero así como la justicia de Dios es grande, también es severa la venganza. Pues cuando el impío persiste, de quien también en otro lugar tienes escrito: Vi al impío superexaltado y elevado sobre los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba: y lo busqué, y no se halló su lugar (Salmo XXXVI, 35 y 36). Increíble es la rapidez de su extinción. Ves de repente al impío poderoso en este mundo: mientras tú pasas, él ya no está. Pues, ¿cuánta es la sombra en la tierra: que no es duradera? Mueve el pie, y la sombra ha pasado. O si aquí algo te mueve, eleva el pie de la mente a las cosas que han de venir, y encontrarás allí al impío que no estará, a quien aquí creías que estaba; pues no es, quien nada es. En definitiva, el Señor conoce a los que son suyos: pero a los que no son, no los reconoce; porque ellos no reconocieron a aquel que es.

CAPÍTULO VIII.

Los impíos en su destrucción bien se comparan con un sueño, ya que sus almas se encuentran vacías de todos los bienes: y sus oscuras imágenes se borran con la luz de la Jerusalén celestial.

23. De ellos, pues, aquí dice: Desfallecieron y perecieron por su iniquidad, como el sueño del que despierta (Salmo LXXII, 19 y 20), es decir, así desfallecen y se desvanecen los impíos, como el sueño del que primero despierta del sueño; porque están en tinieblas, y en tinieblas caminaron, ni quedó rastro alguno de su buena obra, sino que son semejantes a los que ven un sueño: pues el que sueña, sueña en la noche; y la noche está en tinieblas. Los hijos de las tinieblas están privados del sol de justicia, y del esplendor de la virtud, siempre durmiendo, y

no vigilando, de quienes bien se dice: Durmieron su sueño, y nada hallaron (Salmo LXXV, 6). Pues cuando sus almas, separadas del cuerpo, como liberadas del sueño del cuerpo, no hallarán nada, no retendrán nada; y lo que pensaban retener, lo perderán; porque el necio e insensato, cuando han rebotado de riquezas, dejarán sus riquezas a extraños, ni su gloria descenderá con ellos al infierno.

24. Las siguientes también demuestran cómo el impío no se encuentra, sino que perece. Porque su imagen no se encuentra en la ciudad del Señor, aquella Jerusalén superior. Pues el Señor nos pintó a su imagen y semejanza, como él mismo enseña diciendo: He aquí, Jerusalén, he pintado tus muros (Isaías XLIX, 16). 670 Si hemos obrado bien, permanece en nosotros esta imagen celestial: si alguien obra mal, se borra en él esta imagen (de aquel que descendió del cielo), y está en él la imagen del terrenal. Por eso también el Apóstol dice: Así como llevamos la imagen de aquel terrenal, llevemos también la imagen de este celestial (I Cor. XV, 49). Por tanto, las imágenes de los buenos perseveran, y resplandecen en aquella ciudad de Dios. Pero si alguien se ha desviado hacia pecados más graves, y no ha hecho penitencia, su imagen se borra o se derriba; como Adán fue expulsado y excluido del paraíso. Pero quien se haya comportado piadosa y honestamente, entra en la ciudad de Dios, e introduce su imagen, para que resplandezca en aquella ciudad de Dios. Señor, en tu ciudad reducirás a nada su imagen (Salmo LXXII, 20); porque estos no pueden resplandecer en la luz, quienes se han vestido de obras tenebrosas. Tomemos un ejemplo del mundo. Mira cómo en las ciudades de los buenos príncipes las imágenes perseveran, se borran las imágenes de los tiranos.

CAPÍTULO IX.

El profeta recreado por el conocimiento de la providencia divina: él mismo y con él todos los hombres, comparados con bestias en comparación con los ciudadanos celestiales; pero por la gracia de Dios son devueltos a la dignidad humana.

25. Considerando, pues, estas cosas, y prestando atención, el santo Profeta se deleitó, quien antes había estado turbado. Por eso él mismo dice: Porque se deleitó mi corazón, y se resolvieron mis riñones. Y yo fui reducido a nada, y no supe: y fui hecho como una bestia ante ti, y yo siempre contigo (Ibid., 21 y ss.). Cuando conocí, dice, que Dios cuida y mira a los humanos, descansaron mis riñones, es decir, descansé de la gran fatiga de la antigua imprudencia por el conocimiento del bien celestial y de la gracia. Pues hay ciertos riñones del alma, que son atormentados en nosotros por el trabajo de la ignorancia: estos se resuelven para descansar por el conocimiento celestial de la doctrina, y como sostenidos por un hermoso apoyo de los preceptos celestiales, son consolados. Entonces, dice, entendí que me fatigaba en vano; porque no sabía lo que es verdadero.

26. Y fui hecho como una bestia: añadió bien, ante ti; porque en comparación con los celestiales, ¿qué es el hombre sino una bestia irracional? Pues también las estrellas, aunque sean luminosas, se desvanecen con la salida del sol. Y Moisés dice: No soy apto desde ayer, desde que comenzaste a hablar con tu siervo: y tengo, dice, voz tenue y soy tardo en el habla (Éxodo IV). Así, pues, también el hombre, no diré en comparación con Cristo, sino con los ángeles, parece ser una bestia muda. Pero sin embargo, nadie desespere; porque Dios salva a los hombres y a las bestias. Y por eso, porque no aprendí de mí mismo, sino de ti, me adheriré siempre a ti; para que deje de ser una bestia, y me digas: Pero tú, quédate aquí conmigo (Deut. V, 31). Pues rodeado de la gracia de Dios, el hombre comienza a ser, quien por imprudencia mostraba insensibilidad e ignorancia bestial. Pues el hombre se prueba por si es capaz de razón y gracia. Por tanto, se alegra de estar separado de los animales mudos, y de

ser admitido en la compañía de los hombres, que Dios visita y protege. Pues, ¿qué es el hombre, sino que el Señor se acuerda de él, o porque es visitado por el Señor?

671 CAPÍTULO X.

Si Dios no está a nuestra derecha, ese lugar será ocupado por el diablo, como le sucedió al primer padre: cuando Cristo ocupó su lugar, puso al demonio a su derecha, para derribarlo más gloriosamente: finalmente, los mayores beneficios recaen en aquellos a quienes Cristo está a la derecha.

27. Por eso, como visitado por él, dice: Tomaste mi mano derecha, y en tu voluntad me guiaste, y con gloria me recibiste (Salmo LXXII, 24). Así lo hemos recibido, y según el griego así conviene. Pues el griego dijo: Ἐκρατήσας τῆς χειρὸς, es decir, tomaste la mano, τῆς δεξιᾶς μου, mi derecha. Bien se dirige, cuya derecha Dios sostiene con su mano. Puede decir: El Señor está a mi derecha, para que no me conmueva (Salmo XV, 8). Si Adán hubiera querido tener al Señor a su derecha, no habría sido engañado por la serpiente. Pero porque olvidó el mandamiento de Dios y cumplió la voluntad de la serpiente, el diablo tomó su mano, y la hizo extenderse al árbol del conocimiento del bien y del mal, para que arrancara lo prohibido. Se prejuzgó en él para todos, y comenzó el adversario a estar a la derecha de todos. Por eso también aquella forma de maldición avanzó en Judas: Y el diablo esté a su derecha (Salmo CVIII, 6). Si aquella maldición es grave, esta bendición es máxima, por la cual se aflojan las cadenas de la dura maldición. Por eso el Señor Jesús puso al diablo a su derecha, como leemos en el libro de Zacarías (Zacarías III, 1); pues había asumido la causa y el lugar del hombre. Allí, pues, estuvo, donde estaba la herencia de Adán. Como buen atleta permitió que él estuviera a su derecha, para repelerlo hacia atrás diciendo: Vete detrás de mí, Satanás (Mateo IV, 10). Así que el adversario, derribado del lugar, se retiró: pero para que el diablo no estuviera a tu derecha, dijo: Ven, sígueme (Mateo XIX, 21). Previendo, pues, David la venida del Señor, que descendió del cielo para liberarnos del poder del adversario, dice: El Señor está a mi derecha, para que no me conmueva. Pero aquel a cuya derecha estaba el diablo, se movía. Con razón, pues, aquí dice: Tomaste mi mano derecha, es decir, para que ya no pueda pecar; para que aquel que antes fluctuaba con un pie resbaladizo, pueda permanecer con una estación firme. Qué bien dijo esto el apóstol, cuando el Señor lo vio turbado, y extendiendo su mano derecha no permitió que titubeara, y lo afirmó con un paso intrépido (Mateo XIV, 30 y 31). Liberado, pues, Pedro, ¿qué otra cosa dijo sino estos versos proféticos: Tomaste mi mano derecha, y en tu voluntad me guiaste, y con gloria me recibiste? ¿Cuál es la derecha sino la virtud activa del alma? Que si se dirige por la voluntad del Señor, no desea otra cosa, no busca nada, no pide ninguna riqueza de este mundo, ningún auxilio.

CAPÍTULO XI.

David, contento con la posesión de Dios, no desea nada más que él; pues las cosas terrenales deben ser borradas por el olvido, para que sucedan las celestiales, y también se acerque a Dios, quien no rechaza a nadie, de quien solo nos alejamos por acciones perversas.

28. Por eso dice el santo David: Pues, ¿qué me queda en el cielo, y de ti qué he deseado sobre la tierra? (Salmo LXXII, 25). Es decir, Tú eres mi porción, me bastas para todo, no he buscado otra cosa, sino tenerte como parte, no me he sometido a ninguna criatura celestial, como hacen los gentiles, no he codiciado ninguna riqueza de este mundo, ni las seducciones de los placeres. No necesito de nadie, quien he sido recibido por ti: ni queda en los celestiales lo que más pueda buscar. No teniendo nada, lo tengo todo; porque tengo a Cristo, a quien el Padre altísimo no perdonó; sino que lo entregó por todos nosotros: ¿cómo, pues, no nos dio

con él todas las cosas? (Rom. VIII, 32); como dijo el Apóstol. Pues todo está en Cristo, por quien todo, y en quien todo subsiste. Teniendo, pues, todo en él, no busco otra recompensa, porque él mismo es la recompensa de todos. Por eso dijo al perfecto: Toma tu cruz, y sígueme (Marcos VIII, 34). Quien lo sigue, no es llevado por la recompensa a la perfección: sino que se consume en la perfección para la recompensa. Pues los imitadores de Cristo no son buenos por la esperanza del bien, sino por el amor a la virtud. Pues Cristo es bueno por naturaleza, no por el deseo de recompensa. Por eso sufrió, porque le deleitó hacer el bien, no porque buscara un incremento de gloria de su pasión. Por eso quien desea imitarlo, no obra para su propio beneficio, sino para el de los demás. Por lo cual no sin razón se debilita para sí mismo, pero para los demás se fortalece con el incremento de la virtud.

29. Y convenientemente dice: Mi corazón y mi carne desfallecieron, Dios de mi corazón (Salmo LXXII, 26). Pues no pueden suceder las cosas perpetuas, si no desfallecen las terrenales. Por tanto, desfallece la carne, cuando se mortifican las cosas carnales. También desfallecen aquellos que llevan la mortificación de Jesucristo en su carne; pues la muerte de Cristo opera en ellos, para que muera toda la seducción de los errores. De donde se concluye que también el corazón del hombre desfallece, cuando se mortifican los malos pensamientos, que proceden del corazón; para que todas las cosas terrenales las esconda el olvido, y Dios sea el corazón de aquellos, que siendo puros de corazón merezcan ver a Dios; para que se acerquen a ti, y no se separen. Pues Dios, acercándose, no es el repulsor de los que se acercan; pues quiere ser causa de salvación para todos, no de muerte. Por tanto, no rechaza a nadie, sino a quien ha pensado que debe ser apartado de su presencia.

30. Pues he aquí, dice, los que se alejan de ti, perecerán (Ibid., 27). Pues cada uno con sus obras se une o se separa de tu piedad. Pues huye de Dios quien obra aquellas cosas, cuya cognición teme que sean descubiertas; como aquel que cubierto por paredes y rodeado de tinieblas se imagina no ser visto por el Señor Dios: pero es visto, cuando se dice: Has perdido a todos los que fornican apartándose de ti (Ibid.). Pues así como la mujer que fornicar, no se adhiere al marido, ni es una carne con su marido, ni es un espíritu; sino que se divide y se separa fornicando: así cualquier alma que no se adhiere a Dios, sino que sirviendo a los vanos cultos de los ídolos fornicar, se divide por la perversidad del sacrilegio, y se aleja del Señor, quien debería estar cerca. Pero perece quien se separa del Señor.

31. Por eso el Santo que teme el juicio de Dios (Ibid., 28), siempre quiere adherirse a Cristo, y poner en él su esperanza, para alabar al Señor, a quien es el honor, la gloria, la perpetuidad desde los siglos, y ahora y siempre, y todos los siglos de los siglos. Amén.